

ROBERTO BOLAÑO Y LA PARTICIÓN DE LA MEMORIA

ROBERTO BOLAÑO AND THE PARTITION OF MEMORY

JAVIER PAVEZ

UNIVERSITY OF SOUTHERN CALIFORNIA

Resumen: La partición fragmentaria de 2666, obra de Roberto Bolaño, permite cuestionar el tiempo de una resistencia sin consuelo, pues si no hay lugar del crimen ni lugar para sepulturas, la memoria carece de contenido. En este registro -siguiendo un pasaje de *De oratore* de Cicerón acerca de Simónides donde se desprende que el principio nemotécnico que le permite reconocer los muertos destrozados, aplastados bajo las ruinas, radica en vincular lugares y nombres-, se propone que en 2666 Reiter aparece como una suerte de inventor del arte del olvido. Reiter produce el olvido al cambiar los objetos de lugar o de sitio. En este sentido lo que hace Reiter no es sólo sustraer un objeto, sino sustraer el lugar de la desaparición. Tanto memoria como olvido, pues, aparecen como facultades, como dispositivos técnicos, mecanismos u operaciones donde se juega la producción de un efecto. Al exponer los recursos de la desaparición –que toda desaparición necesita borrar el lugar mismo de la desaparición–, 2666 muestra que la memoria no implica la memorialización de algo que yace interior y que, limpio, incólume, indemne, simplemente espera ser descubierto o recuperado. En *Amuleto* o 2666, más allá de cualquier principio arcóntico, la memoria se inscribe como algo que irremisiblemente se pierde a la vez que es el fulgor interruptivo de aquello que, como índice relampagueante, está suspendido en el límite.

Palabras Clave: Roberto Bolaño; Memoria; Partición; Fragmento; Olvido

Abstract: The fragmentary partition of Roberto Bolaño's 2666 allows us to question the time of a resistance without consolation, for if there is no place for crime and no burial place, memory lacks content. In this register -following a passage from Cicero's *De oratore* about Simonides where it is clear that the mnemonic principle that allows him to recognize the shattered dead, crushed under the ruins, lies in linking places and names-, it is proposed that in 2666 Reiter appears as a sort of inventor of the art of forgetting. Reiter



produces oblivion by changing objects of place or location. In this sense, what Reiter does is not only to subtract an object, but to subtract the place of disappearance. Both memory and forgetting, then, appear as faculties, as technical devices, mechanisms or operations where the production of an effect is at stake. By exposing the resources of disappearance -that every disappearance needs to erase the very place of disappearance- 2666 shows that memory does not imply the memorialization of something that lies within and that, clean, unharmed, unscathed, simply awaits to be discovered or recovered. In *Amuleto* or 2666, beyond any archontic principle, memory is inscribed as something that is irremissibly lost at the same time as it is the interruptive gleam of that which, like a flashing index, is suspended on the edge.

Key Words: Roberto Bolaño; Memory; Partition; Fragment; Oblivion

1. De las partes

Cuando llegaron a casa ya no había luz pero la sombra del libro de Dieste que colgaba del tendedero era más clara, más fija, más razonable, pensó Amalfitano, que todo lo que había visto en el extrarradio de Santa Teresa y en la misma ciudad, imágenes sin asidero, imágenes que contenían en sí toda la orfandad del mundo, fragmentos, fragmentos.

(Bolaño, 2004: 265)

Dentro de mil años no quedará nada / de cuanto se ha escrito en este siglo. / Leerán frases sueltas, huellas / de mujeres perdidas / fragmentos de niños inmóviles [...]

(Bolaño, 2008: 22)

En *Dar (el) tiempo*, Jacques Derrida escribe que «[...] no podemos hacer otra cosa que partir de los textos, y de los textos en tanto que, de partida, parten (que se separan de sí mismos y de su origen)» (1995: 101). La partición del texto se redobla respecto de la escritura de 2666 de Roberto Bolaño, en la medida en que trabaja (con) la pérdida, en una trama compositiva que a la vez expone su inacabamiento constitutivo: 2666 parte de huellas, registro cuya índole es la marca de una obra que se separa o se aparta de sí misma. Más aún, incorpora la partición como método de exposición –que será, como veremos la partición de la memoria¹. De este

¹ Para una consideración de la «memoria» en Bolaño en clave de la «melancolía» remito a Aguilar (2008).

modo, «La parte de los críticos», «La parte de Amalfitano», «La parte de Fate», «La parte de los crímenes» y «La parte de Archiboldi», ponen en escena una relación co-implicada entre lo universal y lo particular.

Escritura fragmentaria: Los fragmentos se componen de manera in-finita. No podrían leerse sino como trazas que se retiran. Trazo y retirada: «Esto ocurrió en 1993. En enero de 1993. A partir de esta muerte comenzaron a contarse los asesinatos de mujeres. Pero es probable que antes hubiera otras. La primera muerte se llamaba Esperanza Gómez Saldaña y tenía trece años» (2004: 444). A partir de Esperanza Gómez Saldaña, las partes dan cuenta de las mujeres y niñas torturadas y violadas en San Teresa. Esperanza, sin embargo, no es la primera. Incluso a partir de ahí la cuenta es imposible. Las partes son la medida de lo incalculable, por tanto, parte de lo sin medida, de lo inmenso. Así, en *2666* se parte en retirada, aparición mediante –pues se trata de apariciones, espectros, suerte de fantasmas cuyo recuerdo no podría responder a la indivisibilidad de la presencia– y se toma parte incluso si lo primero, la esperanza, diríamos, está dividida. Los fragmentos nos reparten sin primacía de origen: *no podemos hacer otra cosa que partir de los textos, y de los textos en tanto que, de partida, parten.*

Los fragmentos se componen de manera in-finita, decíamos, pues Bolaño relata historia(s) que son también *la* estructura misma de la historicidad experiencial de la desaparición. El «a partir de *esta*» («A partir de esta muerte comenzaron a contarse los asesinatos de mujeres») se pliega, así, con el orden mismo del mundo: «Nadie presta atención a estos asesinatos, pero en ellos se esconde el secreto del mundo» (2004: 439).² Ahora el pronombre demostrativo pluralizado («estos») se aparta de sí mismo para nombrar lo inmundo del mundo, es decir, que el orden del mundo no se yergue sino sobre la desaparición que produce y

² Al respecto, escribe Alberto Moreiras: «Crime fiction [...] would in any case be the kind of literature that would enable us to reach that conclusion. We say that any murder conceals or hides a secret. Crime literature seeks to unveil that secret. Such a secret, the secret inscribed in the Ciudad Juárez murders, for instance, conceals the secret of the world. So crime literature looks at the world from an ethical perspective. The attempt to unconceal the secret of the world is an ethical endeavor, because no murder is primarily a theological, an historical, a political, or a literary murder [...] Rather, every murder is primarily an ethical breach, an ethical fault. Otherwise it would not be murder. Every murder is a relation to the other, and it is essentially a relation to the other. There is no murder, and there can be no murder, if the «ethical predication based upon recognition of the other [is] purely and simply abandoned.» There will only be political adjudications of murder. Murder radically suspends the ethical imperative of the radical priority of the other, and it is therefore a negative relation to the other. But the inversion, the negation of a relation, does not destroy the relation [...] The murders of Ciudad Juárez, not Bolaño's novel on the murders of Ciudad Juárez, hide the secret of the world. Literature looks for it, if it is at all true that something or someone looks for it, rather than that no one pays attention to any murder» (2007: 169).

oculta.³ Más acá y más allá de la mera facticidad, el/los relato(s) se hacen lugar – al tiempo que no dejan desaparecer cada singularidad– en un doble movimiento: expone(n) no sólo la desaparición fáctica, sino el mecanismo de la desaparición. Es decir, Bolaño muestra que la desaparición requiere desaparecer para ejercer su violencia⁴, y en este sentido, que la memoria no puede sino contar con la pérdida –la muerte– inscrita en toda memoria. Incluso la escritura se ofrece a la pérdida. El *locus* de la desaparición radica, así, en la sustracción del lugar. Toda y cada vez singular, cada trazo, cada rasgo, está, al mismo tiempo, más allá y más acá de lo empírico, inscrito en esta doble relación, ofrecido a una trama que no se deja capturar en la forma de la dicotomía Universal/Particular.

Los extremos se pliegan, así como los caminos parecen cruzarse.⁵ No sólo

³ No sería descaminado leer 2666 como un trabajo de archivo. Afirma Bolaño: «Hace algunos años, mis amigos que viven en México se cansaron de que les pidiera información, cada vez más detallada, además, sobre los asesinatos de mujeres de Ciudad Juárez, y decidieron, al parecer de común acuerdo, centralizar o pasarle esta carga a Sergio González Rodríguez, que es narrador, ensayista y periodista y quién sabe cuántas cosas más, y que, según mis amigos, era la persona que más sabía de este caso, un caso único en los anales del crimen latinoamericano: más de trescientas mujeres violadas y asesinadas en un periodo de tiempo extremadamente corto, desde 1993 hasta 2002, en una ciudad en la frontera con Estados Unidos, de apenas un millón de habitantes» (2005: 214-215).

⁴ Remito a Burgos, 2009,

⁵ Los extremos se pliegan así como los caminos parecen cruzarse. Por ejemplo, entre 2666 y *Los detectives salvajes*, en un pasaje que es un cruce que atañe al salto y la revolución como porvenir, ambas novelas parecen tocarse (no sin sustraerse) en el desierto del DF a partir de la mención de un coche: «En 1976 la joven María Expósito encontró en el desierto a dos estudiantes del DF que le dijeron que se habían perdido pero que más bien parecían estar huyendo de algo y a los que tras una semana vertiginosa nunca más volvió a ver. Los estudiantes vivían dentro de su propio coche y uno de ellos parecía estar enfermo. Parecían como drogados y hablaban mucho y no comían nada, aunque ella les llevaba tortillas y frijoles que sustraía de su casa. Hablaban, por ejemplo, de una nueva revolución, una revolución invisible que ya se estaba gestando pero que tardaría en salir a las calles al menos cincuenta años más. O quinientos. O cinco mil» (2004: 697); «[...] le dije [Amadeo Salvatierra]: Cesárea, piénsatelo bien, no actúes a tontas y a locas, mide tus pasos, le dije, y ella se rió y me dijo: Amadeo, yo sé lo que hago, y después nos pusimos a hablar de política, que era un tema que a Cesárea le gustaba aunque cada vez menos, como si la política y ella hubieran enloquecido juntas, tenía ideas raras al respecto, decía, por ejemplo, que la Revolución Mexicana iba a llegar en el siglo XXII, un disparate incapaz de proporcionarle consuelo a nadie [...]» (1998: 461); «Y Cesárea dijo algo sobre los tiempos que se avecinaban, aunque la maestra suponía que si Cesárea se había entretenido en la confección de aquel plano sin sentido no era por otra razón que por la soledad en la que vivía. Pero Cesárea habló de los tiempos que iban a venir y la maestra, por cambiar de tema, le preguntó qué tiempos eran aquéllos y cuándo. Y Cesárea apuntó una fecha: allá por el año 2.600. Dos mil seiscientos y pico.» (1998: 596).

los caminos de *2666* y de *Los detectives salvajes* o el cementerio de *Amuleto* se tocan entre sí. Como señala Ignacio Echeverría en su «Nota a la primera edición», las partes que integran *2666* componen «un tejido sutil de motivos recurrentes» (2004: 1124). Habrá que detenerse, sin embargo, en el tono y el carácter de ese tejido, pues su textura se desfibra en el desierto. «El desierto crece», como escribía Nietzsche (2003: 413), pero crece, a la vez, como una dislocación del tiempo, como una torsión «en» el presente de la desertización. El desierto da lugar, para decirlo con Lacoue-Labarthe, a cierto desasimiento que no es «la concesión del menor compromiso con el nihilismo [...] lo quiere decir que se trata, en efecto, de una resistencia» (2002: 19). De este modo, en Bolaño, el tejido –trama y urdimbre– se desfibra en el desierto a condición de cierta revolución por venir, a condición de una gestación invisible que se hace lugar como evite de la memoria-olvido. El cuño de tal resistencia –que implica la pregunta por otra ética, por otra política, por una política y una ética del otro(s)– exige una puesta en cuestión acerca de la literatura como dispositivo literario (la parte de los críticos, es decir, la parte de la superficie de recepción no se desprende de la producción y circulación de una obra)⁶. Todo ocurre, a partir de las partes, como si los textos de Bolaño dictasen la exigencia de su lectura⁷. La partición fragmentaria, así, instala la pregunta por el tiempo de una resistencia sin consuelo, por la activación de un porvenir anterior

⁶ Escribe Jean-Luc Nancy: «Recientemente, descubrí el libro de Uri Eisenzweig, en el que habla acerca del rechazo al relato como una marca de los orígenes del fascismo en la literatura, a partir de Barrès. Se trata de un rechazo del relato, pero no del mito. Hasta aquí no había hecho la diferencia, porque no había reflexionado lo suficiente acerca de lo que significaba el rechazo al relato en Blanchot. ¿De qué mito se trata? No podría haber mito aquí, sin figuración. Pero en Blanchot, esta sería una pálida figura, casi borrada, desaparecida. De eso se trata *La communauté inavouable*: de la mujer que desaparece. Pues es la mujer la que carga con todo para Blanchot, inclusive el goce, que el hombre no conoce. Pero Blanchot, en el libro, se coloca en la posición de la mujer. Existe un reto verdadero en el relato, a contrario de lo que pensaba Blanchot. Hace poco leí dos novelas de Roberto Bolaño, *Los detectives salvajes* y *2666*, y pensé: ‘Hay algo aquí que habla del mundo en el que estamos’. Fue la misma sensación que tuve de joven leyendo a Balzac.» (2015).

⁷ Exige la lectura, no sin advertir, al menos como el centelleo de un vislumbre, la desaparición inscrita en toda obra. En este sentido, bien podría decirse, por ejemplo, que *2666* es un texto que pone en escena la superficie de recepción de *Los detectives Salvajes*. «Durante un tiempo la Crítica acompaña a la Obra, luego la Crítica se desvanece y son los Lectores que la acompañan. El viaje puede ser largo o corto. Luego los Lectores mueren uno por uno y la Obra sigue sola, aunque otra Crítica y otros Lectores poco a poco vayan acompañándose a su singladura. Luego la Crítica muere otra vez y los Lectores mueren otra vez y sobre esa huella de huesos sigue la Obra su viaje hacia la soledad. Acercarse a ella, navegar a su estela es señal inequívoca de muerte segura, pero otra Crítica y otros Lectores se le acercan incansables e implacables y el tiempo y la velocidad los devoran. Finalmente la Obra viaja irremediamente sola en la Inmensidad. Y un día la Obra muere, como mueren todas las cosas, como se extinguirá el Sol y la Tierra, el Sistema Solar y la Galaxia y la más recóndita memoria de los hombres» (Bolaño, 1998: 484).

(imposible) que no se esboza sólo a la manera de un contenido.

De este modo, las partes (los compartimientos, las secciones, la partidas) de 2666 se tocan, en una disposición o entramado de carácter relacional: «—Sí, hay una salida por la parte de atrás —dijo Rosa Amalfitano [...] —Entonces hay que salir por la parte de delante —dijo Chucho Flores» (2004: 409). Si hay una salida por «La parte de Archimboldi» es porque se puede también salir por «La parte de los críticos». Dicho de otro modo, no sería posible determinar taxonómicamente el sentido de cada sección. Más aún, no se trata del sentido o de la significación sino de una apuesta o envite cuya potencia no es sólo temática, que no sólo es tratada como un contenido. Expositivamente se pone en escena que «el futuro es un misterio y que uno nunca sabe a ciencia cierta en qué momento se tuerce el camino y hacia qué extraños lugares lo encaminan sus pasos» (158). Como escribía Mario Santiago, «el mundo se te da en fragmentos / en astillas» (1977: 17). Esta fragmentación, este astillamiento, es la experiencia del lenguaje que no reclama la destrucción como «símbolo», sea teleológico o escatológico. La condición del astillamiento en 2666, viene después, a destiempo, en el después de la desposesión, del día después de la catástrofe pero, al mismo tiempo, en/como el porvenir de lo que se gesta a hurtadillas de la conciencia («uno nunca sabe a ciencia cierta»).

Desde este punto de vista, el montaje que propone 2666 moviliza la experiencia de la diferencia, pues es una *articulación* (se trata de una articulación indigerible al movimiento dialéctico de la conciencia sobre sí) que tiene lugar a partir de la experiencia del destrozo (la experiencia destrozada, la experiencia de la muerte y de la desaparición) que implica una complicación de los éxtasis temporales que desbarata el contexto/tiempo lineal⁸. Así, si «uno nunca sabe a ciencia cierta en qué momento se tuerce el camino», es porque en cualquier momento el estado de cosas puede tomar la densidad de un tiempo sin cálculo, o bien, en cualquier recoveco el tiempo puede volverse denso. Quizás esto sea lo que en 2666 se denomina la «magia» como la tercera pata de la mesa humana (2004: 291)⁹. En

⁸ Como escribe Bret Levinson, «Form, stretching smoothly across the colossal volume, serves as the binding – even as, if not because, it vanishes – that contains the sharp deviations, disruptions, and disappearances that drive through the content» (2009: 177).

⁹ Si el centro está eminente abierto, el momento de la crítica aparece como crítica de la crítica. Esto, creo, se deja ver en lo que se señala sobre crítica y el gusto estético (2004: 41), o en la escena en que el comentario de Morini que llenó de indignación a los archimboldianos (2004: 51 y ss.), o, incluso, en torno a la participación de Espinoza y Pelletier en un encuentro sobre Archimboldi (2004: 100), o la mención a Alatorre y al seminario de Toulouse (2004: 132), o la impresión de los críticos respecto de Amalfitano y los siguientes intercambios en (p. 152-159 y ss) y del intelectual (Cf. «La relación con el poder de los intelectuales», por ejemplo, 2004: 161). En esta crítica a cierta noción de escritura, en la exposición o mostración crítica de los modos en que la literatura es cómplice de las políticas de la modernidad, se inscribe la inquietud por la política y la ética como agenciamiento. Liz

cualquier recoveco, diríase, yace la posibilidad de la revuelta del estado de cosas.

2. *Status*, interrupción, memoria

De las partes, a la partición de la memoria. Ahora bien, si los archivos de la «Parte de los crímenes» fuesen simplemente intercambiables, si estuviesen determinados por una intercambiabilidad anterior que los determinase, podríamos decir que tal intercambiabilidad se pondría en escena al modo de una simple derivación, como una suerte de paso transparente que nos llevaría de lo singular a la totalidad bajo el presupuesto de la determinación retrospectiva de las causas. No hay, sin embargo, simple equivalencia. Esto no implicaría sino la clausura de la chance, del acontecimiento, de la *tyché*, podríamos decir. La parte de los crímenes estaría ple-tórica de casos sin *casus*, sin acaecimiento, no habría más que una ontología de la sustitución (o mejor, sustituibilidad) simbólica de los elementos, una suerte de simbolización (igualitaria) como subsunción de lo particular. En 2666, sin embargo, lo infinitamente singular, lo irredimiblemente fragmentario no se deja subsumir bajo el rasero de la generalidad. Si hay paso, hay escollo. Por otra parte, y al mismo tiempo, si cada pasaje fuese simplemente incomunicable, si cada muerte pudiese presentarse sólo como irredimiblemente unívoca, si pudiese presentarse como un átomo indivisible, sin caída, no habría suceso reconocible como «crimen» o «asesinato». En este doble registro, 2666 es la cifra de un «entre». *Entre* lo irredimiblemente singular y la generalidad estructural, cada fragmento, cada caso, se toca con otro, cada pasaje traza diagonales abriendo la chance de la resistencia a la historia de lo dado. Esta apertura, sin embargo, no tiene la forma de una dialéctica negativa, ni de una inversión simple. «La parte de los crímenes», como cada parte, como partición de la memoria, propone, así, cierto mecanismo de producción sin centro universal –ya sea de organización o de desarrollo–.

Cuestión, pues, de las partes: agenciamiento en que la individuación es fragmentaria. Cada caso, cada esquirla (como la voz del joven Guerra¹⁰), cada fragmento, por tanto, no está simplemente individuado ni sujeto a un proceso productivo de orden metafísico. Las partes performan la relación sin medida entre azar y destino. Lo inmenso, lo sin medida, es lo que podría interrumpir la medida del estado de cosas. Esta relación se arrastra desde la «Parte de Fate», como si de un comentario de Shakespeare se tratase. En el Acto tercero, primera escena de la segunda parte de *Henry IV*, se dice:

Norton, Pelletier, Espinoza, Morini, entablan la superficie de inscripción que también produce aquello que persigue y que, a la vez, podría desactivar las lecturas digresivas en circuitos institucionales que coinciden con la constitución del campo crítico literario a través de congresos, traducciones, simposios, conferencias aún cuando profieran poner en cuestión la academia. Como se es leído por el libro de Bolaño, es posible que no quede sino redoblar la fantasmagoría de la crítica.

¹⁰ «La voz del joven Guerra surgió, fragmentada en esquirlas planas, inofensivas, desde una enredadera, y dijo: Georg Trakl es uno de mis favoritos» (2004: 289).

O God! that one might read the book of fate
 And see the revolution of the times
 Make mountains level, and the continent, –
 Weary of solid firmness, –melt itself
 Into the sea! And, other times, to see
 The beachy girdle of the ocean
 Too wide for Neptune’s hips; how chance’s mocks (1966: 452)¹¹

Si pudiésemos ver la parte de fate, el libro del destino, y ver las revoluciones unas veces allanar las montañas, otras veces disolver el mar en el continente, o el continente en el desierto, quizás veríamos, por el rabillo del ojo, que si hay revolución es a condición de la inscripción plural. Y así, de la inscripción del cada vez (cada vez única) que está destinada e imposibilitada por lo incalculable del azar que la singulariza y del destino que la estructura como norma general. Recordemos, por ejemplo, que Amalfitano podía «dibujar figuras geométricas muy simples [...] dictado por el azar» (247), o Fate, el «periodista deportivo accidental» (394), podía abrir «el libro del ex profesor de Sandhurst» y leer «un párrafo al azar» (340), mientras que, en una lógica sin, en el encuentro de Von Zumppe y Reiter, Popescu exclamaba que «[...] la espada del destino le corta una vez más la cabeza a la hidra del azar» (849). Cuestión que se entremezcla con otra suerte de principio: «los arquetipos del crimen no cambian» (339).

Si como subraya Jacques Derrida, leyendo a Carl Schmitt, «El Estado es el Estatuto»¹², cabría, al respecto, citar a Patrick Dove quien justamente rastrea la relación entre *tyché* y *automaton*¹³ como cruce donde piensa la «interruption of the status quo» (2016: 245) que es, diríamos, la interrupción del «Estado». En este sentido, para Dove, 2666 no es sino una reflexión (en el sentido que plantea el

¹¹ La traducción de Luis Astrana Marin de «*La segunda parte del Rey Enrique IV*», es como sigue: «Rey. – ¡Oh Dios, si se pudiese leer el libro del Destino, y ver las revoluciones de los tiempos, unas veces allanar las montañas, disolver en el mar el continente, fatigado de su sólida firmeza, y otras veces hacer demasiado grande para los lomos de Neptuno la cintura de acantilados sobre el Océano! ¡Si se pudiera ver *cómo las circunstancias se burlan* de nosotros y de qué licores diferentes las vicisitudes de las cosas llenan la *copa de la caprichosa* fortuna! Oh, si esto se viera, el joven más afortunado, al descubrir el viaje que le es preciso hacer, *sus* peligros probables, sus penalidades en perspectiva, querría cerrar el libro, sentarse y esperar la muerte sin hacer ya nada» (1961: 484).

¹² Jacques Derrida, *Políticas de la amistad*. Madrid: Trotta, 1998, p. 140.

¹³ Para una ponderación en Aristóteles, véase *Física*, Libro II, 196a-197b.

problema de la mimesis) sobre el «interregnum» de la topología geográfica –singularmente mexicana– como expresión de la depotenciación del orden soberano.¹⁴ El pliegue de esta expresión, como las partes del libro («It may be that the sinister truth of 2666 is to be found nowhere else than in this repetition and accumulation without end, an accumulation devoid of finality and rhyme or reason» [2016: 221]), implica pensar la desaparición del orden soberano tanto en el orden de la literatura (lo que requiere pensar el estatuto de lo literario, y su relación con el mal) como en el dominio del estado nación. Escribe Dove:

Let me tentatively propose a resolution to the question of what is at stake in this literary interest in the avant- and neo-avant-garde in 2666. The myriad of allusions to and citations of the avant-garde tradition and its characteristic gestures tend to work in an ironic manner, suggesting that the interruption or rupture that the avant-garde sought to bring about is not available to art and to us today. Neo-avant-garde repetition in Bolaño is not a catalyst for rupture or interruption, but it sheds light on the possibility that the aesthetic and political logic of modernity is no longer in force.» (2016: 254)¹⁵

¹⁴ Citando a Carlo Galli, escribe Dove: «Globalization and global war, by contrast, are characterized by a more or less uncontained, unregulated irruption of conflict. Borders are no longer able to secure stable, enforceable distinctions between inside and outside; frontiers are now more than ever sites of indistinction, of possible contamination and infection where the logic of sovereignty is no longer capable of administering and policing the flows of capital investments, technology, contraband, populations, diseases, and so on. Whereas modernity was shaped by the dialectic of systematization and contradiction, enclosure and freedom, the time of globalization and global war bears witness to what Galli calls a ‘contradiction without system’ (Galli 2010, 110), an explosion of drives and antagonisms that were previously suppressed, expelled or put to work. A contradiction without system is a name for conflicts that cannot be absorbed dialectically within a larger totality, and which therefore cannot be converted into part of the system’s mechanics. A contradiction without system may be another name for what I am calling interregnum» (Dove, 229).

¹⁵ Kate Jenckes en *Witnessing Beyond the human*, nos ofrece una aproximación al pensamiento del testimonio. El carácter de este pensamiento no se despliega sino a través de la *inscripción* en obras que, desde los años 70, en Chile y Argentina, convocan las firmas de Juan Gelman, Sergio Chejfec, Roberto Bolaño y Eugenio Dittborn. La cita in-finita que el texto así moviliza, expone que estas obras son la grafía de la vida-la muerte, es decir, de la sobrevivencia como otro pensamiento político más allá de lo humano. Kate Jenckes comienza, así, en la «Introducción», con una cita de la débil inscripción bajo el collage *Pietá* de Eugenio Dittborn: «humanidad, del lat. humando: sepultar». En el libro de Jenckes, esta inscripción re-parece en el último capítulo para reconsiderar la cuestión del testimonio «más allá de la salvación o de la sepultura de lo humano». De este modo, la firma de Dittborn se lee, junto con Gelman, Chejfec y Bolaño, como un pensamiento que radicaliza

Leyendo a Carlo Galli, Dove se refiere al tiempo en que las fuerzas e instituciones restrictivas inventadas por la modernidad ya no son capaces de asumir las históricas tareas de contención, regulación o expulsión de las contradicciones y antagonismo. Así, Dove señala que, en contraste a la producción social y geopolítica de la geometría moderna, la globalización y la guerra global están caracterizadas una irrupción incontrolada o desregularizada del conflicto. En este sentido, las fronteras son sitios de indistinción, están más allá de la lógica de la soberanía, y no pueden asegurar la clásica distinción entre interior y exterior, entre amigo y enemigo. Ya no es posible la contención, regulación de los flujos del capital, ni del contrabando, ni de las enfermedades. Más allá de la administración moderna, las fronteras son sitios de indistinción.

Así, pues, para Carlo Galli la guerra global no funciona ya alrededor de los espacios de determinación. Sin teleología, sin *katechon*, la guerra no encuentra una distinción clara y distinta entre amigo y enemigo. La guerra global es un modo de la globalización (de manera que no parece haber una exterioridad absoluta en-

«la relación con el otro más allá de la figura de lo humano y todo lo que esta figura representa» (2017: 7). Esta radicalización permite «repensar la apertura a una alteridad que excede la certeza y la representación» (2017: 7), «un sentido de lo otro» que está «más allá de la figura de la subjetividad humana» (2017: 11). Esta apertura es propuesta en cierta correspondencia con lo que Derrida comprende como testimonio, como lo que testifica de una radical alteridad (229), más allá de la estructura del saber y de la familiaridad (Cf. 2017: 7-8), es decir, la posibilidad imposible de estar expuesto a lo que no se explica por las estructuras establecidas del conocimiento. Sobre esto se insistirá desde la «Introducción» hasta el último capítulo alrededor de la fotografía, del testimonio y del collage en Eugenio Dittborn, donde la figura del sepulcro no es «de hecho un lugar seguro de salvación» (2017: 205) sino un sepulcro «abierto a una especie de asedio espectral» (206), a una suerte de ánima o *psyché* en pena. Esta *elipsis*, más allá de la «economía inmunológica», excediendo su cierre aparente, marca el retorno, en cada caso, de la disrupción e interrupción del humanismo. Jenckes intenta mostrar, esta vez siguiendo a Nancy, de qué manera el trabajo de Bolaño está informado (comenzando por «Literatura + Enfermedad = Enfermedad», pasando por «Estrella distante» y «2666») por una exposición a la finitud más allá de la ontología del sujeto, por una «exposición al abismo sin fundamento de la existencia finita» (2017: 124). Un estar singular-plural, se dice siguiendo a Jean-Luc Nancy, que es, un «desafío a la integridad del yo» (2017: 114), una exposición marcada por una «apertura a aquello que no tiene fundamento», donde «lo alter-inmunológico no es tanto una cuestión de una aporía entre inmunidad y autoinmunidad, sino un encuentro con las aporías intrínsecas a la vida misma y a la propia noción e inmune» (122). Será esta exposición en Bolaño, la que permite hablar de la posibilidad de una relacionalidad no basada en la subyugación, así como de una puesta en cuestión del principio de soberanía (2017: 132).

tre la militarización inmediata de la sociedad y la socialización global de la violencia), en la cual «every local point become[s] an immediate function of a single global Totality (the principle of ‘glocality’)» (Galli, 155), pues la globalización, dice Gali, es una «contradiction without system» en la medida en que no responde ni a la síntesis ni a la figura de la contradicción. En consonancia con lo anterior, Dove señala: «A contradiction without system is a name for conflicts that cannot be absorbed dialectically within a larger totality, and which therefore cannot be converted into part of the system's mechanics. A contradiction without system may be another name for what I am calling interregnum» (Dove, 2016: 229). Así entonces, pareciera que se deja ver que el «interregnum» se confunde con esa contradicción sin sistema que es la lógica guerra global. Aquí, al parecer, se abre el espacio para más de una determinación del «*interregnum*». Por una parte, Dove reconoce que el vocablo pertenece al «classical juridical thought» (2016: 4), pues «is a juridical concept invented by Roman» (2016: 8), pero, a la vez, la noción adquiere otra intensidad, podríamos decir, en la medida en que nombra la crisis conceptual del vocabulario de la modernidad política y estética: «I describe this crisis of the conceptual vocabulary of modernity as an interregnum» (2016: 1). En este registro, la noción de interregnum, como contradicción sin sistema, «announces the exhaustion of the modern idea of ‘literature,’ (2016: 2), y con ello, anuncia el agotamiento de las prácticas revolucionarias de resistencia, así como de la configuración vanguardia-vida¹⁶. Si hay resistencia, por nuestra parte proponemos que 2666 opera con la ubicuidad rememorante que difiere el sí mismo de la restitución-realización-

¹⁶ Así, siguiendo la genealogía del «Interregnum» a través de Agamben y Gramsci, Dove nota que para Bauman «Gramsci's appropriation of the concept of interregnum provides a name for what Lenin described as a revolutionary situation» (9). En este sentido, «interregnum», bajo tachadura (11), no sólo se confunde con la lógica global de la guerra («the subjugation of political sovereignty to the logic of the market and the ebbs and flows of global capital», p. 10), sino con cierta apertura por la cual es posible una interrupción de la interrupción de las vanguardias: ««Bolaño's novel diagnoses a new situation in which aesthetic interruption appears to have been rendered ineffective, either because its experimentalism has become uncannily similar to the cultural logic of commodity production or because power is no longer as reliant as it once was on the ability of a ruling class to establish its ideas as universal or hegemonic. If interregnum names among other things a loosening of ideological structures then it is no longer certain that an avant-garde could hope to produce the explosive, revolutionary awakenings that were its object from the time of the Romantics through the Chilean neo-avant-garde CADA (Colectivo Acciones de Arte) of the 1970s and '80s. My reading of Bolaño's posthumous novel is not for that reason satisfied with an apocalyptic conclusion about the end of modernity and the impossibility of awakening from neoliberal, postideological slumber [...] One possible alternative to this conundrum is what I have been calling interregnum, or persisting within the ruins of the modern in a way that illuminates their ruination, albeit without being able to imagine or inaugurate a new order. Bolaño's return to the aesthetics of interruption takes the odd form of a tradition that announces its own suspension: the interruption of interruption» (20-254).

en-sí, que difiere la restitución como su propia imposibilidad de presentación. Dicho de otro modo, inscribe la memoria como algo que, irremisiblemente, se pierde: fulgor interruptivo de aquello que, como índice relampagueante, está suspendido en el límite.¹⁷

3. Auxilio, la costura.

¿no es la arqueología, aunque sea del silencio, una lógica, es decir, un lenguaje organizado, un proyecto, un orden, una frase, una sintaxis, una «obra»?

«Cogito e historia de la locura»

(Derrida, 1989: 53)

...el mundo silencioso sería an-árquico....Pero ya an-árquico –en el límite del no-sentido–, su presencia en la conciencia espera la palabra que no viene. Aparece así en el seno de una relación con el Otro, como signo que el Otro emite, aun disimulando su rostro, es decir, aun privando del auxilio que habría de dar...

(Levinas, 2002: 116)

Memoria y guillotinas, solo cabe inventarle aristas y rincones. De aristas y rincones húmedos, podríase declinar la cuestión de la memoria/olvido hasta Amuleto y la lengua del auxilio. Como un decir agazapado en la boca sin fondo, Auxilio Lacouture comienza con un decir en retirada: «Esta será la historia...pero no lo parecerá», «Podría decir...pero mejor no lo digo», «podría decirlo. Podría decir...pero mejor no lo digo», «Pero lo que importa es que un día llegué...ni a qué, ni cómo, ni cuándo», «hubiera debido replicarle yo. Pero yo no replicaba» (15-16). En cierta medida, se hace lugar la oblicuidad de un objeto que no es indiferente a la forma de su discurso: «aunque mi forma de aproximarme, mi forma de desplazarme hacia el objeto observado era como si trazara una espiral... esta vez no me aproximé al objeto de mi terror en espiral sino en línea recta, una línea recta vacilante» (17) –dirá Lacouture–.

¹⁷ El recuerdo (Er-Innerung) en Hegel tiene el carácter del concepto. Si el concepto es ante todo interiorización, el recuerdo es, pues, recuerdo interiorizante como recuerdo absoluto. El recuerdo absoluto, en esta traza, es recuerdo del espíritu que interioriza en el de la presencia, del presente en cuanto presencia. Por otra parte, la memoria en Bolaño, tiene el fulgor de lo interruptivo en la medida que no se yergue según el carácter de un recuerdo absoluto, recuerdo interiorizante. La remembranza acoge, pues, la condición de pérdida desde la cual ella es posible. No trae a presencia, asume que hay lo irrecuperable, asume como condición de (im)posibilidad el tiempo de la historia inapropiable.

Por rodeo o diferimiento, el retraso es constitutivo de cierta política de la memoria (donde lo otro habita como un espectro en lo más íntimo de lo mismo), de manera que «el decir» de Auxilio es un decir sin arqueología, sin lógica. Se recordará, por caso, que Aristóteles en la *Política* define al hombre como «animal político» o «un animal racional», definición que implica que el hombre es el único –es decir, lo que lo diferencia de su género próximo– que posee el *Logos* (*palabra, razón*) y que, en cuento tal, puede saber lo que es la justicia. Esta diferencia, según Aristóteles, es por naturaleza: fin y, en cuanto fin, principio. La posición del *Logos*, por tanto, no sólo retira la justicia de lo animal, sino que adjudica cierta animalidad a lo que no merece la justicia¹⁸. La diferencia específica, entonces, es una diferencia por naturaleza. Es decir, la naturaleza, que «no hace nada con mezquindad [...]

¹⁸ La diferencia entre el hombre y el animal, sin embargo, no puede ser absolutamente determinada. La determinación no es absoluta en la medida en que, dado un doble movimiento o una suerte de temblor interno, Aristóteles plantea que el hombre que no participa de la comunidad política puede ser comprendido como como bestia, pero también dice que un dios es capaz de estar fuera de la comunidad política. De este modo, como si los extremos se plegasen, Dios y bestia nombran lo que no participa de la comunidad política, y por lo tanto, nombran lo que está fuera del bien que es la finalidad de la política y, así, lo que está fuera de la ley y de la justicia: «La justicia, en cambio, es cosa de la ciudad, ya que la Justicia es el orden de la comunidad civil, y consiste en el discernimiento de lo que es justo» (Aristóteles, 1988: 53). Por contraparte, pero al mismo tiempo, el hombre, como animal racional y/o animal político, está por encima de la bestia y por debajo de Dios. Esto implica que la despolitización del hombre (lo que significa su indiferenciación respecto de su género), es su animalización. Dicho de otra manera, la despolitización es animalizante –posibilidad cuya ocurrencia no podría rechazarse en el esquema Aristotélico–. En este sentido cobra importancia la figura del esclavo. El esclavo es una especie de *parte animada*, pero podría decirse, des-animada, o sin alma, o sin espíritu. En todo caso, no racional, puesto que *no se diferencia específicamente* del animal. Por decirlo así, coincide con su género próximo. En este sentido, Aristóteles determina al «esclavo» como «una posesión animal [...]» (Aristóteles, 1988, p. 54). Esto se inscribe en la idea general según la cual, «[...] el que es capaz de prever con la mente es naturalmente jefe y señor por naturaleza, y el que puede ejecutar con su cuerpo esas previsiones es súbdito y esclavo por naturaleza; por eso el señor y el esclavo tienen los mismos intereses» (62). En este sentido, para Aristóteles «el amo no lo es por adquirir esclavos, sino por saber servirse de ellos [...] el amo debe sólo saber mandar lo que el esclavo debe saber hacer» (62). Aristóteles, de esta manera, no solo justifica la esclavitud, sino que plantea que los esclavos lo son «por naturaleza», pues se trataría de hombres en que prima el instinto y la sensibilidad por sobre la razón y la palabra. Administrativamente –agrega– son necesarios, al igual que ciertos animales (animales domésticos), pues son indispensables para los servicios relacionados con las necesidades del cuerpo, de las que el hombre libre no debe ocuparse. Así, el hombre, por naturaleza, es un «ser vivo político» es un «animal político» puesto que, más que la voz, *posee la palabra*: «La razón por la cual el hombre es un ser social, más que cualquier abeja y que cualquier animal gregario, es evidente: la naturaleza, como decimos, no hace nada en vano, y el hombre es el único animal que tiene palabra. Pues la voz es signo del

sino cada cosa para un solo fin» (Aristóteles, 1988: 47), «que no hace nada en vano» (51), que «no hace nada imperfecto ni en vano» (67), es la que define «lo que dirige y lo dirigido», los «elementos regentes y [los] elementos regidos» (81). En *Amuleto*, Auxilio no define, palabra no es más que vacilante. Auxilio nombra, pues, el exilio del ser. En la retracción del decir, desbroza todo aumento, todo incremento (*augere*), y con ello toda noción de «auge», «autor», «autoridad».¹⁹

La política de la partición de la memoria no responde, así, a la posición el logos ni de lógica alguna que determine los lugares de aparición. Trama y urdimbre de la memoria, la *costura* de Lacouture es un juego de pliegues sin fondo, sin como tal, sin cosa en sí. En la novela –suerte de extensión suplementario de *Los detectives salvajes*– Auxilio (uruguaya, exiliada, quien se presenta como la madre de la poesía mexicana, versión femenina del quijote), narra la historia de un crimen atroz. Como la locura del discurso, recuerda la ocupación de la Universidad Nacional Autónoma de México y la masacre de Tlatelolco de 1968, cuando el presidente Gustavo Díaz Ordaz ordena parar las protestas en la Plaza de las Tres Culturas disparando en contra de quienes los manifestantes. Durante la ocupación de la Universidad, Auxilio resiste en el lavabo de la Facultad de Filosofía y Letras de la universidad. «Yo no puedo olvidar nada. Dicen que ése es mi problema [...] Pensé: yo soy el recuerdo» (144-146), dice Auxilio, pero la narración-recuerdo, que parece inscribirse en el lugar mismo del encierro o a veces ser *a posteriori*, opera según series anacrónicas cuya tesitura marginal –el baño de la universidad– es oblicua, no traduce la memoria sino fragmentariamente²⁰.

dolor y del placer, y por eso la poseen también los demás animales, porque su naturaleza llega hasta tener sensación de dolor y de placer e indicársela unos a otros. Pero la palabra es para manifestar lo conveniente y lo perjudicial, así como lo justo y lo injusto. Y esto es lo propio del hombre frente a los demás animales: poseer, él sólo, el sentido del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, y de los demás valores, y la participación comunitaria de estas cosas constituye la casa y la ciudad» (51).

¹⁹ Para una ponderación de la puesta en cuestión del autor como autoridad, véase Madariaga, 2010.

²⁰ «[...] como si el tiempo se fracturara y corriera en varias direcciones a la vez, un tiempo puro, ni verbal ni compuesto de gestos o acciones, y entonces me vi a mí misma y vi al soldado que se miraba arrobado en el espejo, nuestras dos figuras empotradas en un rombo negro o sumergidas en un lago, y tuve un escalofrío, helas, porque supe que momentáneamente las leyes de la matemática me protegían, porque supe que las tiránicas leyes del cosmos, que se oponen a las leyes de la poesía, me protegían y que el soldado se miraría arrobado en el espejo y yo lo oíría y lo imaginaría, arrobada también, en la singularidad de mi wáter, y que ambas singularidades constituían a partir de ese segundo las dos caras de una moneda atroz como la muerte «(34) [...] Luego remonté las fechas, se rompió el rombo en el espacio de la desesperación conjetural, subieron las imágenes del fondo del lago, sin que nada ni nadie pudiera evitarlo emergieron las imágenes de ese pobre lago que no alumbran ni el sol ni la luna, se plegó y desplegó el tiempo como un sueño. El año 68 se convirtió

La lengua del Auxilio se retrae como un don sin presente, inaudito, inédito, inopinado. En este sentido, más allá o más acá de la economía de lo dado, los pliegues sin fondo de la configuración de la memoria en *Amuleto* despliegan un discurso oblicuo sobre la justicia. Al respecto podríamos remitir a «Del derecho a la justicia», donde Derrida advierte que «los discursos sobre la doble afirmación, sobre el don más allá del intercambio y de la distribución, sobre lo indecible, lo inconmensurable y lo incalculable, sobre la singularidad, la diferencia y la heterogeneidad, son también discursos al menos oblicuos sobre la *justicia* (1997b: 20).²¹ *Après-coup*, un texto sobre la justicia no podría sino ser oblicuo, declinar tanto al sujeto como al tema de la enunciación. Se trata, así, de seguir el trazo de una anarquía que pone en tela de juicio el valor de *arkhé* –sea bajo la línea del discurso filosófico-lógico, o del empírico lógico. Al respecto, se podría intentar trazar – como detectives cuya tarea (*aufgabe* benjaminiano) no está sino atravesada por el fracaso– el desmontaje del postulado logocéntrico del significado transcendental como una estrategia sin finalidad, sin principio ni teleología, que se agencia, a la vez, como una estrategia *salvaje*, *anárquica*.

El envite radica, pues, en poner en cuestión lo originario e incluso el orden arqueológico. Así, es posible proponer que, tanto en *Amuleto* como en *2666*, Bolaño asume la impresentabilidad (de la justicia, de la democracia, del don, podríamos decir), como condición de su escritura. Por lo tanto, más que un decurso unitario, económico u odiseico, se trataría una aproximación oblicua, de cierta aneconomía. Ya decíamos que las partes performan una relación sin medida, es decir

en el año 64 y en el año 60 y en el año 56. Y también se convirtió en el año 70 y en el año 73 y en el año 75 y 76. Como si me hubiera muerto y contemplara los años desde una perspectiva inédita. Quiero decir: me puse a pensar en mi pasado como si pensara en mi presente y en mi futuro y en mi pasado, todo revuelto y adormilado en un solo huevo tibio, un enorme huevo de no sé qué pájaro interior (¿un arqueopterix?) cobijado en un nido de escombros humeantes (35).

²¹ Más adelante agrega: «Sólo en apariencia la desconstrucción, en sus manifestaciones más conocidas bajo este nombre, no ha «abordado» el problema de la justicia. No es más que una apariencia [...] la desconstrucción, no ha hecho otra cosa que abordar el problema de la justicia, sin que lo haya podido hacer directamente, sino de una manera oblicua. Oblicua como en este momento mismo en el que yo me dispongo a demostrar que no se puede hablar directamente de la justicia, tematizar u objetivar la justicia, decir «esto es justo» y mucho menos «yo soy justo», sin que se traicione inmediatamente la justicia, cuando no el derecho» (1997b: 24-25). Y recordemos que *Spectros de Marx* se insiste en que «la cuestión de la justicia, que lleva siempre más allá del derecho, no se separa ya, ni en su necesidad ni en sus aporías, de la del don» (1995b: 79). Y entre paréntesis: la cuestión del «don» es lo que Derrida, en 1986, también llama «a-economía o una anarquía del don». Anarquía y aneconomía se cruzan, pues, y nos podrían llevar, hasta la «génesis salvaje» o la «anarquía del noema», pasando por la aneconomía del resto que desconstruye cualquier «arqueología» o «logoarquía» en Glas (2015: 88) o que «limita la teleo-arqueología» en *Limited inc* (2018: 269).

lo indecible, lo inconmensurable y lo incalculable. Esta posibilidad-imposibilidad intensiva de la aproximación, radica en que los encadenamientos no son tematizables ni se reducen a la forma del presente. Clinamen del sujeto: no hay objeto como tal o en sí mismo. En términos benjaminianos, diríamos que el objeto no es autónomo respecto de su *Darstellung* y, de este modo, que (se) abre (a) cierta historicidad, al porvenir im-posible del pasado. El rescate del pasado irresuelto, pendiente, en suspenso, implica la escansión y desmesura alteración y el exceso de la experiencia más allá del presente-pasado o presente-futuro. Siguiendo a Erin Graff-Zivin, podemos decir que la escansión del presente le asesta un golpe interno a las lógicas del desvelamiento (*aletheia*), y hace temblar la lógica de la inquisición (2020: 31-49). Como se sabe, la Inquisición toma su nombre del acto de inquirir, de la violenta investigación de obligar a responder. Pero esto vale también, por ejemplo, para la inquisición ontológica heideggeriana y la relación que se establece entre el originario preguntar [*fragen*] y la verdad como *aletheia*, como ocultamiento y desvelamiento. En *Políticas de la amistad*, refrendando «la necesidad» de ciertos «enunciados «aparentemente contradictorios»», Derrida afirma que no pretende volver a «algún suelo o zócalo arqueológico que vendría a sostenerlos...sino al acontecimiento que abre un mundo» (2008: 56). En este registro –que implicará una desconstrucción de la fraternidad– se referirá a la «desconstrucción *genealógica* de lo político»:

Al llamar a esta *experiencia* [...] ‘desconstrucción *genealógica*’ no se designará ya aquí [...] una operación que procedería solo mediante análisis, retrospectión y reconstrucción *genealógicas*. Se trataría también de una desconstrucción *del* esquema *genealógico*, de una desconstrucción paradójica, de una desconstrucción a la vez *genealógica* y a-*genealógica de lo genealógico* (2008: 127).

Tanto *Amuleto* como *2666* figuran cierta desconstrucción de lo genealógico, como el espaciamiento de otro tiempo, del tiempo del otro, el tiempo de cierta an-arquía que aparece así en el seno de una *relación con el Otro, como signo que el Otro emite aun privando del auxilio*.²² En *2666* se relata que durante un viaje en

²² En *2666* se relata que Durante el viaje en tren Hans escuchó una historia curiosa acerca de un soldado de la 79 que se había perdido en los túneles de la Línea Maginot. El sector en que el soldado se perdió, según éste pudo comprobar, se llamaba sector Charles. El soldado, por descontado, tenía los nervios de acero, o eso se decía, y siguió buscando una salida a la superficie. Tras caminar unos quinientos metros bajo tierra llegó al sector Catherine. El sector Catherine, de más está decirlo, no se diferenciaba en nada del sector Charles, salvo en los letreros. Tras caminar mil metros llegó al sector Jules. En ese momento el soldado empezó a ponerse nervioso y a dar rienda suelta a su imaginación. Se imaginó aprisionado para siempre en aquellos pasillos subterráneos, sin que viniera en su auxilio ningún camarada. Deseó gritar y aunque al principio se contuvo, por temor a poner sobreaviso a los franceses que pudieran haberse quedado escondidos, (842).

tren, Hans escuchó una historia curiosa acerca de un soldado de la 79 que se había perdido en los túneles de la Línea Maginot. Se relata que el soldado se habría perdido en un sector denominado sector Charles, y que, al seguir buscando una salida a la superficie, y tras caminar alrededor de quinientos metros bajo tierra, llegó a un sector llamado Catherine (sector que, según se dice, salvo en los *letreros*, no se diferenciaba en nada del sector Charles), luego, tras caminar mil metros, llegó al sector Jules. En ese momento, en la novela se afirma que el soldado, anteriormente calificado como de nervios de acero, empezó a ponerse nervioso y a dar rienda suelta a su imaginación: «Se imaginó aprisionado para siempre en aquellos pasillos subterráneos sin que viniera en su auxilio ningún camarada» (842). Podría tratarse de una cita-torsión del epígrafe de *El satiricón* de Petronio (específicamente de la «1ª parte: Ascilto»), que Bolaño dispone en *Amuleto*: «Queríamos, pobres de nosotros, pedir auxilio; pero no había nadie para venir en nuestra ayuda»²³. Escribe Derrida:

¿Qué entiendo por resurrección laica, desde el punto de vista del fantasma? Pues bien, esa cosa horrible que consiste en despertarse en el fondo de un ataúd emplomado, de una tumba cerrada, de una fosa sellada, Y tener que gritar ante la impotencia de la sofocación para pedir auxilio al otro.

La resurrección desde la *hantologie*, si la hay, es despertarse en el fondo sin fondo de una tumba (*oikesis*), o de un baño, y tener que gritar u oír los ecos de un pasado irresuelto, para pedir auxilio al otro, o responder al otro como Auxilio. Auxilio Lacouture nombra las costuras del auxilio se trata de poner en cuestión cualquier figura de la regresión o descenso arqueológica hacia un fundamento o autoridad. Como en la escena en que Pelletier «gritaba el nombre de Norton y la llamaba, pero nadie acudía a su llamado, como si el silencio se hubiera tragado su llamada de auxilio» (2004: 109). Donde el auxilio nombra el exilio, donde el desierto nombra el secreto del mundo, queda, como anunciábamos, una suerte de fulgor interruptivo de aquello que, como índice relampagueante, está suspendido en el límite.

²³ Podríamos proponer que la escena del florero en *Amuleto*, es también una suerte de torsión respecto del fragmento 51 de *El Satiricón* que trata acerca de un: «Hubo sin embargo im artesano que fabricó una botella de vidrio irrompible. Fue presentado al César con su obsequio, luego hizo que el César le devolviera su botella y la tiró contra el pavimento. El César se llevó el mayor susto de su vida. Pero el artesano recogió del suelo la botella: estaba abollada como si fuera una vasija de bronce. A continuación, sacó de su cinturón un martillo y devolvió tranquilamente a la botella su debida forma. Con este invento creía disponer de la varita mágica de Júpiter, y más cuando el César le hubo preguntado: «¿Conoce alguien más este tratamiento del vidrio? Piénsalo bien'. Oída su respuesta negativa, el César mandó cortarle el cuello: pues si su secreto se divulgara, haríamos tan poco caso del oro como ahora del cieno» (1978: 78).

4. Memoria y desaparición

La littérature, elle, ne s'interroge pas sur la vérité: on peut dire qu'elle est dedans, ou bien qu'elle la fait. Que vous lisiez Proust, Shakespeare, Thomas Mann ou Roberto Bolaño, vous ne direz pas que c'est «de la littérature» au sens où on veut indiquer que c'est fictif, illusoire et inconstant («irréel»). Certes il n'est pas du tout indifférent que le mot «littérature» ait pris aussi ce sens de ce qui n'a pas la solide, massive certitude des choses tangibles. Car il y a beaucoup de productions écrites, filmées ou chantées qui ne cherchent qu'à divertir dans un élément de rêve ou de magie. Mais je pense que celles et ceux qui les goûtent (et nous en faisons tous plus ou moins partie) savent très bien qu'ils font un tour d'évasion.

(Nancy, 2015)

El índice relampagueante de estar suspendido en el límite implica que los dispositivos de la memoria y olvido, aquí, se repliegan. Como apunta Jean Luc Nancy en el anterior epígrafe, la literatura está en la verdad y no simplemente ficticia, en el sentido de meramente irreal o inconstante. Está en la verdad como un modo de evasión, de desaparecimiento que remarca toda ficción en la constitución de la verdad. La partición de la memoria, pues, trata de una memoria que trabaja con su finitud, con el asedio de la desaparición siempre posible –por tanto, de una memoria que no podría ser voraz, devorante: «¿Qué somos en medio del insondable universo? ¿Qué memoria nuestra pervivirá?» (Bolaño, 2004: 901)²⁴. En este sentido decíamos que 2666, trabaja (con) la pérdida, exponiendo su inacabamiento constitutivo. Dicho de otro modo, la cifra 2666 opera lo que nombra la Avenida Guerrero en *Amuleto*²⁵. Memoria y olvido, decíamos, se pliegan como se pliegan como paraíso e infierno. En una entrevista con Mónica Maristain:

Playboy: ¿Cómo es el paraíso?

Bolaño: Como Venecia, espero, un lugar lleno de italianas e italianos. Un

²⁴ «Lo importante es que tenemos memoria. Lo importante es que podemos reírnos sin manchar a nadie con nuestra sangre. Lo importante es que seguimos en pie y no nos hemos vuelto ni cobardes ni caníbales» (Bolaño, 2005).

²⁵ «La avenida Guerrero, a esa hora, se parece sobre todas las cosas a un cementerio, pero no a un cementerio de 1974, ni a un cementerio de 1968, ni a un cementerio de 1975, sino a un cementerio de 2666, un cementerio olvidado debajo de un párpado muerto o nonato, las acusidades desapasionadas de un ojo que por querer olvidar algo ha terminado por olvidarlo todo» (1999b: 76-77).

sitio que se usa y se desgasta y que sabe que nada perdura, ni el paraíso, y que eso al fin y al cabo no importa

Playboy: ¿Y el infierno?

Bolaño: Como Ciudad Juárez, que es nuestra maldición y nuestro espejo, el espejo desasosegado de nuestras frustraciones y de nuestra infame interpretación de la libertad y de nuestros deseos. (Bolaño, 2005: 339)²⁶

En el abismo, la tarea de hacer lugar a una suerte de paraíso en ciudad Juárez, en medio de la maldición, requeriría no olvidar el olvido, que todo se desgasta, que nada perdura, ni el paraíso ni la memoria de ese paraíso, ni nuestras infames interpretaciones de la libertad. En «Un paseo por el abismo», un texto datado en 2002, escribía Bolaño respecto de «Mantra» de Rodrigo Fresán:

Su carga de melancolía es inagotable, pero siempre está asociada al fenómeno estético, nunca a la cursilería ni al sentimentalismo siempre en boga en la literatura en lengua española. Es una novela sobre México pero, en realidad, como toda gran novela, de lo que verdaderamente trata es sobre el paso del tiempo (Cfr. 1028), sobre la posibilidad e imposibilidad de los sueños. Y también trata, en un plano casi secreto, sobre el arte de hacer literatura, aunque muy pocos se den cuenta de ello» (2005: 310).

Lo que escribe Bolaño de Fresán, de esa novela ajena, lo escribe también respecto de «toda gran novela». En este registro, 2666 pone en funcionamiento, a su modo, en su caso, la pregunta sobre el tiempo como pasión de la finitud y sobre la literatura. Así, en un pasaje que de algún modo también convoca al abismo, que también es un paseo por el abismo, por el abismo sin fondo, en «La parte de Archimboldi» podemos leer que el joven Hans Reiter se «entretenía por el camino, que para él no era horizontal o accidentalmente horizontal o zigzagueantemente horizontal, sino vertical, una prolongada caída hacia el fondo del mar en donde todo, los árboles, la hierba, los pantanos, los animales, los cercados, se transformaba en insectos marinos o en crustáceos, en vida suspendida y ajena [...]» (2004: 810).

Huelga señalar que Hans Reiter es el nombre de otra reiteración. Por una parte, es la reiteración de un nombre que, a su vez, suspendía la vida al transformarla en insectos, de Hans Conrad Julius Reiter, responsable la muerte de cientos de judíos en el campo de concentración de Buchenwald. Por otra, citará al nombre del pintor Giuseppe Archimboldo que compone tramas y rasgos de vida humana

²⁶ Poco antes, respecto de su «equipo de fútbol favorito», afirma preferir a «los que bajaron a segunda y luego, consecutivamente, a tercera y a regional, hasta desaparecer. Los equipos fantasma» (336).

a partir de la naturaleza muerta: partes de tallos, verduras, raíces, etc (a partir, podríamos decir, de cierta naturaleza desenraizada). También se cita, por ejemplo, a Benito Juárez. Así, en el pasaje referido pone en juego, por una parte, la relación entre acontecimiento y caída, *cadere, casus, cadáver*; por otra, y al mismo tiempo, una especulación sobre lo viviente, sobre la vida suspendida, pero también sobre la vida más allá de lo humano, sobre de una vida genérica. En este registro, el texto de Bolaño inscribe la cuestión de la vida interrumpiendo el espacio de las vanguardias, donde literatura y vida parecen redoblar el juego de sus significaciones. Rodeando el asunto, queremos indicar que la historia parece concentrarse en las derivas de Reiter, en las derivas de esa figura que aparece como «un alga desenraizada» (2004: 809) y que una tarde «se convirtió, tal vez, en Archimboldi» (2004: 981).

La parte de Archimboldi se agazapa y germina, así, a partir de algunos animales y plantas del litoral europeo. Casi todo el texto despunta y está marcado por esta relación con la vida. Por ejemplo, como cuando Reiter casi se ahoga y los pescadores se lazaron al mar y «volvieron a desaparecer entre las olas oscuras que evocaban animales» (808); o bien cuando se describe la imagen donde Hugo Halder camina por delante de Hans Reiter quien observaba «con atención el techo del bosque, un vientre oscuro por el que se mueven sigilosos animales y aves que no acierta a reconocer» (817); o bien, como cuando Reiter vio esa «pareja de peces óseos, *Gobius paganellus*, perdidos en una selva de algas, a quienes siguió durante un rato (la selva de algas era como la cabellera de un gigante muerto), hasta que una angustia extraña, poderosa, se apropió de él y tuvo que salir rápidamente pues si se hubiera quedado un rato más sumergido la angustia lo habría arrastrado al fondo» (845); o bien cuando se menciona que la «división 79», «era una división hipomóvil, es decir una división que se movía por tracción animal, y allí los únicos animales eran las mulas y los soldados» (875); o incluso las menciones «a la especie de virtud zoomórfica» de Entrescu. Los lugares, las citas, podrían multiplicarse fuera de lugar, incluso hasta cuando aparece y se despliega la vida como sobrevida o sobrenombre. Con todo, hay cierta deriva de la historia natural y de la vida natural, y de sus límites.

En el entrecruzamiento, se da a pensar otra noción de vida. Es decir, otra noción no trascendental de literatura y una noción no trascendental de la vida, indemne, pura o inmune²⁷, una figuración excesiva que no se deja reducir a la triangulación vanguardia-arte-vida. Respecto de aquello, proponemos una suerte diferencia estética e histórica: mientras la crítica de las vanguardias se ejerce frontal contra la teatralidad política moderna y soberana, el procedimiento memoria/olvido en Bolaño se despliega, menos que frontal, cual cuña, esquinado, contra

²⁷ En palabras de Kate Jenckes, se trata de «an exposure to the alter-immunological that is the condition of possibility of an ethical relationality not based on subjugation» (Jenckes, 132), es una exposición donde literatura, arte y pensamiento filosófico are «capable of indicating the aporetic impossibilities and impassibilities that constitute the condition of possibility for an alterimmunological relationship to life and history.»(Jenckes, 149).

la gestualidad del poder, del poder, más que lugar o posición, como gesto. Así, las prácticas de la memoria de vanguardia musealizan toda inscripción in-significante del pasado, a la vez que monumentalizan cualquier huella, cualquier vestigio (vestigios de huellas) en un proceso de indiferenciación que yergue el pasado en patrimonio, desactivándolo.

En este sentido, 2666 expone que el patrimonio de la memoria se instala como una suerte de recuerdo editado para su circulación voluntaria, como aquello que perdura solo en tanto pasado actualizado, puesto en obra o puesto en relato. Dicho de otro modo, 2666 marca que la conmemoración participa de la desaparición. En tal exposición, sin embargo, el territorio precario y difuso de la frágil memoria, opera según recuerdos vagos e inestable, se entrega a la ausencia posible, a la desaparición inscrita en toda presencia. En este registro, el testigo de los hechos nunca asiste. No hay testigo, porque no hay una suerte paso al significado trascendental de los hechos tendríamos acceso directo²⁸. Tenemos apenas, quebradizamente, un vislumbre, una sospecha débil y vaga, de la irrupción traumática de los signos que se desvanecen. Dicho vislumbre posee el índice de la silueta de una ausencia, de un aciago balbuceo²⁹. De esta manera, los soportes de la obra como soportes de registro de la memoria –para que un recuerdo no se pierda– terminan como segunda desaparición, la del recuerdo que debía conjurar y la del soporte donde debía registrarse tal recuerdo³⁰. La doble desaparición no es sólo olvido de las condiciones de producción y reproducción, sino un sedimento. En «La parte de Archimboldi», por caso, Bolaño expone, pues, el mecanismo de la desaparición:

Al cabo de poco tiempo las pequeñas sustracciones que el sobrino del barón realizaba en la casa de campo aumentaron debido, según él, a deudas de juego y a compromisos ineludibles con ciertas damas a las que no podía dejar

²⁸ «El caso de Paula García Zapatero lo llevó el policía de la judicial del estado Efraín Bustelo y el caso de Rosaura López Santana le fue encomendado al judicial Ernesto Ortiz Rebolledo y ambos casos entraron rápidamente en un callejón sin salida, pues no había testigos ni nada que ayudara a la policía. [...] No había testigos del asesinato y no se descartaba que el asesino hubiera disparado desde el interior de un coche en marcha. Tampoco se descartaba que la bala apuntara a otra persona. Lucía Domínguez Roa tenía treintatres años, estaba separada y vivía sola en una habitación de la colonia México. Nadie supo decir qué hacía en la colonia Hidalgo, aunque era probable, según la policía, que hubiera estado dando un paseo y que se topara con la muerte por pura casualidad» (Bolaño, 2004: 569).

²⁹ «Tres días después del hallazgo del cuerpo de Carolina, en el aciago mes de marzo de 1997 [...] Las palabras de los enfermos, incluso de aquellos que sólo son capaces de balbucear, siempre son más importantes que las palabras de los sanos. Por lo demás, toda persona sana es una futura persona enferma». (Bolaño, 2004: 684-825).

³⁰ Como la imagen del Ready-made malheureux de Duchamp que constituyó «el único testimonio de la obra, que no logró sobrevivir a semejante exposición a los elementos» (Bolaño, 2004: 246).

abandonadas. La torpeza de Halder en disimular sus hurtos era mayúscula y el joven Hans Reiter se decidió a ayudarlo. A fin de que los objetos sustraídos no fueran echados en falta le sugirió a Halder que ordenara al resto de la servidumbre traslados arbitrarios, hacer vaciar habitaciones so pretexto de airearlas, subir de los sótanos viejos baúles y luego volverlos a bajar. En una palabra: cambiar las cosas de sitio. (821).

En el pasaje, a partir de la «sustracción», se contraponen y componen apóriticamente dos nociones de memoria y, por lo tanto, dos nociones de olvido (o sustracción de la memoria). Gracias a la sugerencia de Reiter aparece, por una parte, la sustracción objetal, la separación o extracción que busca desaparecer identidades identificables y que, en cuanto tal, en su operación, se hace notar. Este movimiento, esta operación de sustracción, convoca el recuerdo de aquello que se sustrae justamente por la sustracción (hurto) que se lleva a cabo. Hace aparecer por ausencia aquello que se retira de la escena. Con ello, el texto hace aparecer la práctica de Halder (sobrino del barón) como un procedimiento que hace notar lo invisto, como una ingenua práctica definida por la inatención al problema de la producción de la memoria/olvido. La torpeza de Halder radica en no saber que sólo se echa en falta lo que desaparece sin más, ahí donde es necesario que el enmascaramiento se muestre para ocultarse como tal, y con ello, desaparecer el lugar de la desaparición. En este sentido, a contrapelo de Halder, la práctica del joven Hans Reiter (Archimboldi) radica en disimular la desaparición, una apuesta que justamente primero descubre los objetos que, luego, se hurtarán, y que por extensión se hurtarán a la memoria. Ocultación, disipación, desaparecimiento, aquí responden a otra lógica, a otro mecanismo. El desvanecimiento se disipa por sobreexposición. Al cambiar las cosas de sitio, no se hurtan solo los objetos sino que se sustrae el lugar mismo de su desaparición. Así, en «La pate de Fate» se señala, por ejemplo, que «las palabras solían ejercitarse más en el arte de esconder que en el arte de develar» (339). No sería descaminado remitir a *The Purloined Letter* de Edgar Allan Poe. Cabe decir, empero, que, a diferencia de Halder, Reiter, como el reverso de Simónides, no toma el olvido como algo dado, sino que lo produce. Reiter produce el olvido haciendo visible lo olvidado, moviendo de sitio las rarezas, las antiguas las diademas pretendidamente olvidadas. Reverso de Simónides –célebre inventor del arte de la memoria, de la mnemotécnica que vincula lugares sitios, *loci*, e imágenes, *imagines*– pues el mencionado pasaje opera el objeto literario con otras letras (*Litterae*) como mostración del arte del olvido. Doble de la memoria, si se quiere. Permítasenos citar *in extenso* el célebre pasaje de *De oratore* Cicerón.

Pues cuentan que, estando Simónides cenando en Cranón, lugar de Tesalia, en casa de Escopas, varón noble y mimado de la fortuna y tras haber recitado un poema que había compuesto en su honor y en el que, para darle mayor realce y siguiendo la costumbre de los poetas había numerosas referencias a Cástor y Pólux, su anfitrión, con gran ruindad por su parte, le había hecho saber a Simónides

que le daría por ese poema la mitad de lo pactado: que el resto, si así se lo parecía, que se lo reclamase a sus queridos Tindárida a quienes había ensalzado tanto como a él. Y dicen que poco después se le anunció a Simónides que saliese afuera, pues había dos jóvenes en la puerta que insistentemente preguntaban por él; que se había levantado, había salido y que no había visto a nadie, y que mientras tanto, el comedor donde Escopas celebraba el banquete, se había desplomado que el propio Escopas con sus allegados había muerto sepultado por los escombros; y que cuando los suyos quisieron enterrarlos y no poder en modo alguno reconocerlos, aplastados como estaban, se dice que Simónides había identificado a cada uno de los que había que enterrar por acordarse en qué lugar estaba recostado cada cual. Y que entonces, advertido de esta circunstancia, había descubierto que la posición de algo era lo que en particular iluminaba su recuerdo. Y en consecuencia, que quienes quisieran cultivar esta parcela del espíritu, deberían tomar esos lugares y, aquello que quisieran retener en la memoria, habían de modelarlo con la mente y colocarlo en dichos lugares; que así ocurriría que la secuencia de las posiciones recordaría la secuencia de las cosas, y por otra parte, que la figura denotaría las propias cosas y que utilizaríamos esos lugares como la cera, y las figurillas como las letras. (Cicerón, 2002: 362-363)

El principio nemotécnico de Simónides para reconocer los muertos destruidos, aplastados bajo las ruinas, radica en vincular lugares y nombres.³¹ La identificación no procede por el reconocimiento de identidades determinadas sino por posiciones relacionales. La facultad de la memoria, así, se despliega como un artificio que forma imágenes a partir de una determinada disposición ordenada. Más aún, como apunta Anne Carson leyendo a Simónides, «*Once memory is thought, it can be commodified*» (1999: 38)³². En el segundo capítulo del undécimo libro de sus *Instituciones oratorias*, Quintiliano (para quien toda la oratoria se reduce a cinco partes: invención, disposición, elocución, memoria y pronunciación) propone la memoria como el tesoro de la elocuencia, y también destaca la composición, el orden, el acomodo oportuno. De paso, sin embargo, recuerda la diferencia de opiniones respecto de si el destinatario del poema de Simónides era Glaucón Caristio, Leocrates, Agatarco o Escopas, y si el lugar del convite era Farsalo (según lo habrían constatado en sus escritos Apolodoro, Eratóstenes, Euforión y Euripilo de Larisa) o Cranón (según Apolodoro Calímaco y Cicerón), enfatizando que el propio Simónides no profiere mención en absoluto del suceso, suceso que, según opinión Quintiliano, el propio implicado no callaría pues redundaría en gloria (Quintiliano, 1916: 236 y ss.). Considerando la vacilación y el temblor respecto del nombre del

³¹ La suerte de anécdota es célebre, y también es referido por Quintiliano, Ficino, entre otros. Para una buena aproximación al este punto, reemito al libro de Francis Yates, *El arte de la memoria* (2005)

³² Remito a todo el libro de Anne Carson, y especialmente a los apartados del primer capítulo «Simónides» (10), «Change» (15-16) y «Memory» (38-39).

destinatario y el lugar del convite, pareciera que la relación entre nombres y lugares parece no tener el orden o la cierta composición que la anécdota pretende establecer. En el anterior pasaje de 2666, como el reverso de Simónides, como el reverso o su verdad, Reiter aparece como una suerte de inventor del arte del olvido³³. Mientras Halder pretende simplemente sustraer objetos identitarios, Reiter produce el olvido al cambiar los objetos de lugar o de sitio. En este sentido, como proponíamos, lo que hace Reiter no es sólo sustraer un objeto, sino sustraer el lugar de la desaparición. Tanto memoria como olvido, pues, aparecen como facultades, como dispositivos técnicos, mecanismos u operaciones donde se juega la producción de un efecto. Reiter, pues, sustrae la sustracción, desaparece la desaparición, produce una suerte de olvido que no radica en el olvido de objetos.

En este sentido, Reiter, podríamos decir, nombra la operación de la memoria/olvido en 2666. Como bien escribe Beatriz Blanco leyendo a Bolaño, «no hay lugar del crimen», «tampoco hay lugar para sepulturas o cortejos fúnebres allí donde la repetición de las muertes reincide en lo interminable de cualquier duelo, donde tantas muertas innominadas terminan en fosas comunes» (2011: 58). En este registro, si no hay lugar del crimen ni lugar para sepulturas, la memoria carece

³³ Tres localizaciones: «La ventana», poema que también trata de la «pérdida» («Toda la tristeza de estos años / se perderá contigo») se menciona entre otros a Simónides, en medio de un recuerdo carente de transparencia: «Estoy en un bar y alguien se llama Soni / El suelo está cubierto de ceniza Como un pájaro / como un solo pájaro llegan dos ancianos / Arquíloco y Anacreonte y Simónides. Miserables / refugios del Mediterráneo. No preguntarme qué hago / aquí no recordar que he estado con una muchacha / pálida y rica. Sin embargo sólo recuerdo rubor [...]» (La universidad desconocida, 99). En lo que toca a la relación entre memoria y fracaso, en *Estrella distante*, se dice que «Ibacache, en la soledad de su estudio, intenta fijar la imagen de Wieder». En virtud de aquello, se precisa que Ibacache «intenta comprender, en un *tour de forcé* de su memoria, la voz, el espíritu de Wieder, su rostro entrevisto en una larga noche de charla telefónica, pero fracasa, y el fracaso además es estrepitoso y se hace notar en sus apuntes, en su prosa que de pizpireta pasa a doctoral (algo común en los articulistas latinoamericanos) y de doctoral a melancólica, perpleja». Lo estrepitoso del fracaso de la memoria, alcanza expresión también por una surte de descolocación: «Las lecturas que Ibacache le achaca a Wieder son variadas y posiblemente obedecen más a la arbitrariedad del crítico, a su descolocamiento, que a la realidad: Heráclito, Empédocles, Esquilo, Eurípides, Simónides, Anacreonte, Calimaco, Honesto de Corinto» (1996: 114). En *Literatura nazi en América*, acerca de Andrés Cepeda Cepeda, poeta conocido por el mote de El Doncel, tildado por la crítica de «paleonazi, tarado, abanderado de la burguesía, títere del capitalismo», se señala: «¿Y qué es lo que propone el Doncel? ¿Cuál es su apuesta? El regreso a una edad de hierro que sitúa aproximadamente en la época de Pizarro. El enfrentamiento racial en el Perú (aunque cuando dice Perú, y esto quizás es más importante que su teoría de la lucha de razas, liquidada por lo demás en un par de versos, engloba a Chile, a Bolivia y Ecuador). El posterior enfrentamiento entre Perú y Argentina (Argentina engloba a Uruguay y Paraguay) en lo que denomina «lucha de Cástor y Pólux». El triunfo incierto. Tal vez la derrota de ambos contendientes que profetiza para el año treinta y tres del tercer milenio» (80-81).

de contenido. Dicho de otro modo, la cuestión de la remembranza no se reduce simplemente a un lugar vacío, vacante pero dispuesto a su completitud, pues el contenido que se sustrae es la forma misma de la sustracción. Doble desaparecimiento. La memoria, por tanto, *compone* el vacío como apertura, como espera de cierta política de memoria-montaje que no se reduce a la llegada: la partición de la memoria no depende de principio alguno ni obedece a presuposición alguna de presencia, sea efectiva, empírica o estructural. Amalfitano, por ejemplo, pensaba que podría no recordar «el *Testamento geométrico*, pero sí que recordaría el incidente que me hizo olvidar el *Testamento geométrico*» (2004: 243), o incluso, como una de sus ideas-juego, que la diferencia horaria entre lugares distantes «era sólo una máscara de la desaparición» (243)³⁴. El mecanismo de la memoria/olvido, se ofrece a una suerte de trabajo con *fantasmas*.³⁵ Inscripción sin origen, la memoria nos persigue, nos asedia, como olvido, como un «paisaje fragmentado o en proceso de fragmentación constante, como un puzzle que se hacía y deshacía a cada segundo» (2004: 752), como «luna del desierto, un fragmento, un corte helicoidal, asomándose por entre las azoteas» (2004: 710).

Bolaño, así, pone en marcha una noción de memoria como reverberación múltiple, como una suerte de repiqueteo que no podría ser objetivable, suerte de murmullo o «una voz que llegaba como el goteo de una fuente de basalto pero

³⁴ «Amalfitano tenía unas ideas un tanto peculiares al respecto. No las tenía siempre, por lo que tal vez sea excesivo llamarlas ideas. Eran sensaciones. Ideas-juego. Como si se aproximara a una ventana y se forzara a ver un paisaje extraterrestre. Creía (o le gustaba creer que creía) que cuando uno está en Barcelona aquellos que están y que son en Buenos Aires o el DF no existen. La diferencia horaria era sólo una máscara de la desaparición. Así, si uno viajaba de improviso a ciudades que en teoría no deberían existir o aún no poseían el tiempo apropiado para ponerse en pie y ensamblarse correctamente, se producía el fenómeno conocido como jet-lag. No por tu cansancio sino por el cansancio de aquellos que en aquel momento, si tú no hubieras viajado, deberían de estar dormidos. Algo parecido a esto, probablemente, lo había leído en alguna novela o en algún cuento de ciencia ficción y lo había olvidado. Estas ideas o estas sensaciones o estos desvaríos, por otra parte, tenían su lado satisfactorio. Convertía el dolor de los otros en la memoria de uno. Convertía el dolor, que es largo y natural y que siempre vence, en memoria particular, que es humana y breve y que siempre se escabulle.» (2004: 243).

³⁵ Remito a Derrida: «Si me dispongo a hablar extensamente de fantasmas, de herencia y de generaciones, de generaciones de fantasmas, es decir, de ciertos otros que no están presentes, ni presentemente vivos, ni entre nosotros ni en nosotros ni fuera de nosotros, es en nombre de la justicia» (1995: 12). Lo que regresa, *revenant*, re-aparecido, vuelve como aquello que no está presente y no estuvo simplemente vivo. Imprevisible, sin horizonte de espera, desafía cualquier formulación de la economía ontológica y, así, por tanto, cualquier frontera establecida de (la noción, incluso) del estado-nación. Lo extemporáneo, lo forajido, lo fuera de ley, lo desaparecido ahí donde la desaparición no responde ya ala heteronomía del testimonio pues se trata del fantasma como aquello que nunca estuvo presentemente vivo.

que no tardaba en crecer y desbordarse con un ruido ensordecedor, el ruido de miles de voces, el estruendo de un gran río salido de cauce que contiene, cifrado, el destino de todas las voces» (2004: 127). Va de las partes, parte de las partes, como partición y participación. Si estos crímenes son el secreto del mundo, la desaparición nos reparte. Por tanto, aquí la memoria que no podría responder a la formalización institucionalizada de lo desaparecido. No es suficiente, diríamos, con cierta «conciencia» de la memoria, o de su «necesidad». Más aun, no sólo la buena conciencia no basta, sino que la memoria oficial puede ser otro operador del olvido –oblitando esa operación–. Reiter, podríamos decir, bien podría ser un funcionario de la memoria oficial. Al exponer los recursos de la desaparición – que toda desaparición necesita borrar el lugar mismo de la desaparición –, 2666 muestra que la memoria no implica la memorialización de algo que yace interior y que, limpio, incólume, indemne, simplemente espera ser descubierto o recuperado. Más allá de cualquier principio arcóntico, Bolaño no recupera o descubre un pasado determinado, sino que, con todo, promete el porvenir en la medida en que pone en funcionamiento la memoria como dispositivo de suplementos. Ofrecida a los injertos, a la finitud, la memoria recuerda –recuerdo fugaz, cada vez frágil– que el olvido es dispositivo.

No se trata, pues, de una puesta en forma cuantitativa, ni de una serie de recuerdos identificables. Si algo se guarda, es a condición de entenderlo al modo de un secreto cuya secreción borra todos los límites o, bien, que cuestiona la unidad del mismo de la noción de límite. Así, en 2666 se dice, por ejemplo, que «La frontera entre Sonora y Arizona es un grupo de islas fantasmales o encantadas» (2004, 698). Bolaño, pues, no traza líneas indivisibles que determinan los contenidos de la desaparición, sino que hace aparecer la experiencia de la memoria como partición, compartición que promete que lo virtual no puede distinguirse simplemente de lo real. Los compartimentos se abren, no sin el peligro de pender sobre la posibilidad de activar las esclusas. Virtualmente la desaparición total ya ha ocurrido³⁶. Dicho de otra manera, la desaparición de los cuerpos efectivos que nombran también el desvanecimiento del lugar de su desaparición implica, en Bolaño, las desapariciones virtuales, la desaparición de la herencia de un pasado cuyo porvenir difiere de cualquier presentación o presentificación. Aquí, por tanto, la posibilidad de la repetición no deja de asechar: 2666, pues, es tanto la cifra de la aniquilación (Candia, 2010) que se pretende sin restos, que amenaza con destruir incluso la posibilidad de dar testimonio de tal destrucción, así como la cifra de las

³⁶ «Dentro de cuatro millones de años o de diez millones de años va a desaparecer el escritor más miserable del momento en Santiago de Chile, pero también va a desaparecer Shakespeare, va a desaparecer Cervantes. Todos estamos condenados al olvido, a la desaparición no sólo física, sino a la desaparición total: no hay inmortalidad. Y ésta es una paradoja que los escritores conocen muy de cerca y sufren muy de cerca, porque hay escritores que se lo juegan todo, todo, por el reconocimiento, por la inmortalidad, palabras rimbombantes donde las haya y palabras inexistentes: no existe el reconocimiento, no existe la inmortalidad. Es decir, en el gran futuro, en la eternidad, Shakespeare y Menganito son lo mismo, son nada» (Braithwaite, 2006: 96).

cenizas, de aquello que, destinado a la dispersión, resta, queda, mora con la fragilidad que no demanda ontología alguna. Tal es la deriva también de los libros de Archiboldi³⁷. Bolaño trabaja esa posibilidad desde ya inscrita en toda memoria como un recuerdo anterior, fragilidad anterior y expuesta a su propio desvanecimiento.

2666, así, no es la cifra de un retorno, de una economía del recuerdo, de una transición. La novela de Bolaño no regresa sino como aquello que puede siempre borrarse, lo que desde ya puede ser pasible de alguna dispersión. En palabras de Derrida, diríamos que una huella es huella porque puede borrarse. En 2666, el viaje, el tránsito, el devaneo, no implica el regreso de odiseico carácter³⁸. Todo el texto es una suerte de pasaje, de lugar de tránsito o traducción que pone en cuestión la noción misma de lugar³⁹. Desconsolada, en su ausencia, la novela es apertura de la diferencia que depona la conformación lineal del pasado y el futuro. La

³⁷ Incluso las novelas de Archiboldi se ofrecen al olvido, según contextos disímiles de aparición y retirada. Por ejemplo, se dice que su situación en Italia era distinta que en Francia: «podría decirse que Archiboldi no era un completo desconocido en Italia, aunque tampoco podía decirse que fuera un autor de éxito o de mediano éxito o de escaso éxito sino más bien de nulo éxito, cuyos libros envejecían en los anaqueles más mohosos de las librerías o se saldaban o eran olvidados en los almacenes de las editoriales antes de ser guillotizados» (18). *D'Arsonval El jardín, La máscara de cuero, El tesoro de Mitzi, Bifurcaria bifurcata, Ríos de Europa, Herencia, La perfección ferroviaria, Los bajos fondos de Berlín, Letea, Bitzius, Santo Tomás. La ciega, Lüdicke, La cabeza, La rosa ilimitada*, están posibilitados por la posibilidad de su destrucción, de modo que la tecnología de sus arcontes, sean autor o críticos, producen, guardan pero también amenazan su constitución como obra.

³⁸ «con Ulises los límites eran imprecisos», se dice en *Los detectives salvajes* (235).

³⁹ La cuestión de la «traducción» se vierte sobre la cuestión de la memoria. En «La traducción es un yunque», Bolaño se pregunta por qué un «autor tan apreciado por quienes hablamos español [Bolaño se referirá explícitamente a Quevedo y Góngora] sea un autor de segunda o tercera fila, cuando no un absoluto desconocido, entre quienes se comunican en otras lenguas», y añade, de paso, respecto de Cervantes (quien es considerado nuestro más alto novelista, como el inventor de la novela incluso en tierras donde no se habla español y se le conoce solamente por medio de traducciones), que un cualquier traducción, por buena que sea, podría desdibujar o disolver el «lujo verbal, «el ritmo», «la fuerza de la prosodia cervantina». En *Estrella distante*, se narra que Stein y Soto «siempre discutiendo de poesía aunque el cielo de Chile se cayera a pedazos». Se precisa que mientras Stein «órbita de la poesía latinoamericana», Diego Soto traducía a «a poetas franceses que en Chile nadie conocía»: «Y eso, como es natural, le daba rabia a mucha gente. ¿Cómo era posible que ese indio pequeñajo y feo tradujera y se carteara con Alain Jouffroy, Denis Roche, Marcelin Pleyne? ¿Quiénes eran, por Dios, Michel Bulteau, Matthieu Messagier, Claude Pelieu, Franck Venaille, Fierre Tilman, Daniel Biga? ¿Qué méritos tenía ese tal Georges Perec cuyos libros publicados en Denoël el huevón pretencioso de Soto paseaba de un lado a otro?». Antes de desaparecer, antes de que se le dejara de ver por la calles de concepción,

partición de la memoria, este doble genitivo, es la marca de una memoria que está en movimiento y no es sino perseguida por una cosa que no es cosa sino, desde ya, fantasma. No hay reparación, se desprende. No hay gesto de reparación alguno que insista al modo de la figura del arrepentimiento, reconciliación o redención simple. Dicho de otro modo, no hay origen de lo que tiende a acaecer con la violencia de lo que parece estar ahí, presente, y que se erige y monumentaliza como la desaparición de todo presente alterno. Walter Benjamin escribía que «los dominadores de cada momento son los herederos de todos los que alguna vez han vencido en la historia»⁴⁰. Para Benjamin, se trata de poner en cuestión la «empatía» con el cortejo triunfal de los dominadores que avanza por encima de los que yacen, vencidos, anónimos, podríamos decir.⁴¹ Decíamos que 2666 es una suerte

se dice que «intentó traducir a Sophie Podolski, la joven poeta belga suicidada a los veintún años (no pudo), a Fierre Guyotat, el autor de *Eden, Eden, Eden* y *Prostitution* (tampoco pudo), y *La Disparition*, de Georges Perec, novela policíaca escrita sin la letra e y que Soto intentó (y sólo consiguió a medias) trasladar al español aplicándose en lo que Jardiel Ponceña había hecho medio siglo antes en un relato en donde la consabida vocal brillaba por su ausencia. Pero una cosa era escribir sin la e y otra muy distinta traducir sin la e."

⁴⁰ En «Apuntes sobre el concepto de historia», específicamente en Ms 447 y 1094, escribe Walter Benjamin: «Los dominadores de cada momento son los herederos de todos los que alguna vez han vencido en la historia. La empatía con el vencedor beneficia siempre al dominador del momento. El materialista histórico tiene este estado de cosas a la vista. Se da cuenta también de que este estado de cosas está bien fundado. Quien quiera que haya obtenido hasta hoy la victoria en las mil batallas que cruzan la historia tiene su parte en los triunfos que se llevan los que hoy dominan sobre los que hoy son dominados. El materialista histórico no pasará revista al inventario del botín que los primeros ponen a exhibición ante los últimos sino muy críticamente. A este inventario se le denomina cultura. Cuanto abarca de bienes culturales el materialista histórico con la mirada tiene, sin excepción, una procedencia que no puede contemplar sin espanto. No [sólo] debe su existencia al esfuerzo de los grandes genios que los han creado <, > sino también al vasallaje anónimo de sus contemporáneos. Nunca hay un documento de la cultura, sin que sea a la vez un [documento] de la barbarie» (2009: 90).

⁴¹ En «*Cuatro señas sobre experiencia, historia y facticidad*», el texto-introducción a su traducción de los textos que se disponen en *La dialéctica en suspenso* de Walter Benjamin, Pablo Oyarzun señala que todo pasado es pasado trunco y que esa trunquedad es el índice de su tensión hacia su redención, redención que estriba en su frágil fuerza mesiánica (Benjamin, 2009: 29), fuerza que concierne al pasado (31), que no trae el pasado al presente, que no proyecta el presente al pasado, sino que acepta, acoge, el pasado en cuanto pasado. Acoge el pasado, lo recibe y resiste su inversión, su capitalización, en presente (31), como un juego evocativo, como la escucha de una vocación que llama desde lo pretérito, que no borra la borradura que un día cayó sobre lo pasado, sino que la resalta (32). Cuestión que, desmontando el presente, quiebra la continuidad de la historia y la del concepto. Así mientras el concepto no podría aprehender la singularidad y la temporalidad irreduc-

de pasaje, de paso, de lugar de tránsito, de traducción, pues aquí se pone en escena que la versión victoriosa empatiza con el vencedor y presentifica lo sido.

2666, en tal gesto, intensiva y extensivamente, es el fragor de una interpelación remembrante al presente.⁴² «Fragor», decimos, considerando que el vocablo remite al latín «fragor», «*fragoris*», que, a su vez, proviene de «*frangere*», «quebrar», verbo que también es el componente léxico de «fragmento», es decir, «porción» o «parte de algo»⁴³. Frangible, la partición franquea la lógica de la borradura. Su aliento, susurro o resuello, así, más que dejarse oír, toca. Como esquirola y pavesa, la marca de su toque, a riesgo de desaparecer, no posee el carácter del dictamen, ni de la imposición, ni de la propiedad de una declaración que pretende ser constituyente. Depone la fuerza, traza pasos entre infranqueables límites, pasa de un lado a otro a través. Es gestos. El fragor de esta interpelación no es sino fragmentario, y exige que la partición de la memoria se resista al recuerdo entendido como traducción rememorante de orden identificatorio. Ahí donde franquear es abrir camino, portar lo sellos de lo que se retirará por correo, tanto como conceder con generosidad, prestarse al deseo y descubrir el interior,

tibles de lo sido, pues presentifica lo conocido, la imagen lo evoca. Mientras el historicismo, en su proceder que es aditivo, culmina en la historia (40), la imagen, podríamos pensar, evoca sin suprimir el momento de extrañeza como diferencia inherente a la propia radicalidad de la historia (p. 39), insiste en el retorno de lo sido como lo irremisible (40) que a diferencia del progresismo y del historicismo –para quienes la verdad de la historia no es en sí misma histórica sino eterna intemporal (41)– que consagran como conocimiento histórico el olvido –y al hacerlo sellan su complicidad con los vencedores–, la imagen consagra el recuerdo. La redención, pues, es el limes del progreso (80). Así, la verdadera imagen del pretérito (*vergangenheit*) pasa fugazmente, sólo como imagen que relampaguea en el instante de su cognoscibilidad (Tesis V) donde el pasado está cargado con este material explosivo, la investigación materialista le allega la mecha al continuum homogéneo y vacío de la historia.

⁴² Añade Benjamin en «Apuntes sobre el concepto de historia» (Ms 1098): «La empatía (*Einfühlung*) con lo sido sirve en último término a su presentificación (*Vergegenwärtigung*). No es en vano que la tendencia a esta última se aviene muy bien con una representación positiva de la historia. (tal como se la muestra en Eduard Meyer). En el dominio de la historia, la proyección de lo sido en el presente es análoga a la sustitución de configuraciones idénticas por [sus] modificaciones en el mundo corpóreo. Esta última ha sido demostrada por Meyerson como base de las ciencias naturales. La primera es la quintaesencia de< > carácter propiamente ‘científico’ de la historia, en el sentido del positivismo. Se la adquiere al precio de la completa extirpación de todo aquello que recuerda, en cuento remembranza, su determinación originaria. La falsa vivacidad de la presentificación, el hacer a un lado el eco del ‘lameto’ [que brota] de la historia, señala su definitiva sumisión al concepto moderno de la ciencia.»

⁴³ «*Frangere*» también es componente léxico de «fractal» (correspondiente de «fractus»), «frangir» («partir o dividir algo en pedazos»), «frañer» (despedazar, quebrantar, quebrar, partir, romper), «frangible», así como de «nafragio» y «fracaso».

la memoria recuerda el olvido que la constituye tanto como aquello que no ocurrió en presencia plena. Cualquier declaración de amor, incluso, en su fragor, debe deponerse a sí misma, franquearse a sí misma, y ha de ser memoria de lo que no ha ocurrido o que ha ocurrido solo fragmentariamente. Lo suyo es la inminencia, esperarse en la llegada. Se trata de una espera que difiere su cumplimiento, como el campesino de Kafka, o quizás como cuando Espinoza y Pelletier, luego de agitar en el aire respectivamente su ramo de flores y su libro, «se dirigieron a la entrada del edificio y esperaron a que Liz les franqueara el portal».

Ya indicábamos que los fragmentos se componen de manera in-finita, que nos reparten sin primacía de origen y que la partición fragmentaria instala la pregunta por el tiempo de una resistencia sin consuelo. 2666 –como memoria de las partes– es el vínculo testamentario que liga, pliega, vierte los éxtasis temporales según una economía de la inequivalencia. Memoria frangible, su frañer o frangir se toca con el fracaso (de *frangere*). Fracaso activo: el naufragio *puede* ser la chance, la fortuna, la oportunidad, lo inesperado (*windfall, lucky find*, se podría decir en inglés). Así es que «Amalfitano sólo podía ser visto como un náufrago [...] Espinoza y Pelletier vieron en él a un tipo fracasado» (2004: 152), o «urbanización», es decir el núcleo residencial urbanizado, es denominado «fraccionamiento» (2004: 486-488). No sería descaminado afirmar que en el anterior pasaje referido a Reiter, como por una surte de injerto de traducción inversa, se pone en cuestión la claridad y distinción de la tradicional diferencia entre «anamnesis» («memoria viva») y «hipomnesis» («prótesis de la memoria» o «soporte de la memoria») (véase Derrida, 1997). La «memoria viva» está arrojada, pues, a sus fantasmas. Si hay custodia de la memoria, es a condición de ser el efecto de un montaje compositivo. La memoria, así, es desde ya ficción del origen, suplemento de origen. Trabaja con «reflejos que la luz de las farolas extraían de los fragmentos de botellas rotas, reflejos muy tenues de colores verdes y marrones y anaranjados» (Bolaño, 2004: 259). Mostrar no solo lo desaparecido sino remarcar el mecanismo, implica que suplemento de origen y origen del suplemento se pliegan entre sí para tachar la noción misma de origen (véase Derrida, 1997). La experiencia de la prótesis –hipomnesis– desencaja, pues, cualquier primacía de la anamnesis. La así denominada «memoria natural» coincide con que pretende desactivar los fantasmas del pasado –cuestión que ocurre, incluso ahí donde se reconoce. En este registro, la noción de «custodia» (de quien hace guardia para custodiar la memoria), tiembla ante la frágil potencia de una espectralidad hipoanamnésica que desde ya es suplementaria. El acontecimiento de la memoria –impresión de lo inolvidable–, es anterior y posterior a cualquier presente. 2666, por tanto, no se ofrece sino como de trabajo de materiales que, a la vez disponibles y no inscritos, desdibuja su saber. No hay por venir sin memoria, así como no hay memoria sin porvenir.

En la medida en que se expone que la desaparición consiste no solo en sustraer lo que es identificable, sino el lugar de la desaparición, Bolaño pone en escena que cada lugar está desajustado, desarticulado, que cada gesto parece una mueca, a medio camino entre posición y defecto. Cuestión de las partes como partición de la memoria: Cada *locus* fuera de sí, descompuesto como la narración

misma de las partes. Asimétricos, inconexos, los instantes, incluso –como la cosa misma de la Historia– están fuera de lugar. Todo ocurre como las historias (y la Historia) fuesen dadas por cierta diacronía que condiciona y posibilita la ocurrencia misma de las narraciones. Jara de Tomás (2019), por ejemplo, lee *Los detectives salvajes* como una obra inoperosa cuya improductividad político-estética desarticula tanto la configuración del contenido (conformación de personajes y su desarrollo) como las formas literarias. Al respecto, Cabe referir, acaso, a la experiencia del *Jet-lag* (2004: 243, 256)⁴⁴, como experiencia del destiempo y del choque de fragmentos que, sin unidad, descompone el presente –el presente que se erige como la pretensión borrar el tiempo (y así, tanto el cuerpo como la diferencias de cuerpos) de los otros, de las otras–.

En 2666, el acontecimiento se declina según una suerte de ángulo entre norma y accidente, entre economía y lo fuera de ley. Bolaño recuerda las heridas mostrando que *en* la herida no se trata de una economía doméstica de determinación. Ni casa ni falta de casa en sí, ni herencia determinada ni falta de linaje *a priori*. Bolaño pone en escena que toda economía, es decir toda «ley de la casa», opera la desaparición, toda economía o cálculo del recuerdo puede operar como un funcionario del estado de cosas: «los burgueses y los pequeños burgueses se la pasan en fiesta. Todos los fines de semana tienen una. El proletariado no tiene fiesta. Sólo funerales con ritmo. Eso va a cambiar. Los explotados tendrán una gran fiesta. Memoria y guillotinas. Intuirla, actuarla ciertas noches, inventarle aristas y rincones húmedos, es como acariciar los ojos ácidos del nuevo espíritu» (Bolaño, 1977).

BIBLIOGRAFÍA

Aguilar, Paula. (2008): «'Pobre memoria mía'. Literatura y melancolía en el contexto de la postdictadura chilena», en Edmundo Paz Soldán y Gustavo Faberón Patriau (eds.) *Bolaño salvaje*. Barcelona: Candaya.

Aristóteles (1988): *Política*. Madrid: Gredos.

Aristóteles (1995): *Física*. Madrid: Gredos.

Benjamin, Walter (2009): *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre historia*. Santiago: Lom.

Blanco, Beatriz (2011): «La herencia imposible», *Escritura e imagen*, Vol. Ext., 57-73

Bolaño. Roberto (1977): «Déjenlo todo, nuevamente. Primer manifiesto del movi-

⁴⁴ En «Sensini», cuento de *Llamadas telefónicas*, «tras despertar, momento en el cual mi cuerpo experimentaba algo semejante al jet-lag, una sensación de estar y no estar, de distancia con respecto a lo que me rodeaba, de indefinida fragilidad» (2014: 7).

- miento infrarrealista», *Correspondencia Infra. Revista Menstrual del movimiento infrarrealista*. Octubre/Noviembre, N° 1, pp. 5-11.
- Bolaño. Roberto (1984): *Consejos de un discípulo de Morrison a un fanático de Joyce*. Barcelona: Anthropos.
- Bolaño. Roberto (1996a): *La literatura nazi en América*. Barcelona: Seix Barral.
- Bolaño. Roberto (1996b): *Estrella distante*. Barcelona: Anagrama.
- Bolaño. Roberto (1998): *Los detectives salvajes*. Barcelona: Anagrama.
- Bolaño. Roberto (1999a): *Monsieur Pain*. Barcelona: Anagrama
- Bolaño. Roberto (1999b): *Amuleto*. Barcelona: Anagrama.
- Bolaño. Roberto (2000): *Nocturno de Chile*. Barcelona: Anagrama.
- Bolaño. Roberto (2002): *Amberes*. Barcelona: Anagrama.
- Bolaño. Roberto (2002b): *Una novelita lumpen*, Barcelona: Mondadori.
- Bolaño. Roberto (2003a): *La pista de hielo*. Barcelona: Seix Barral
- Bolaño. Roberto (2004): *2666*, Barcelona, Anagrama.
- Bolaño. Roberto (2005): *Entre paréntesis. Ensayos, artículos y discursos (1998-2003)*. Barcelona: Anagrama.
- Bolaño. Roberto (2006): *Bolaño por sí mismo, Entrevistas escogidas*. Santiago: UDP.
- Bolaño. Roberto (2007): *El secreto del mal*. Barcelona: Anagrama.
- Bolaño. Roberto (2008): *La universidad desconocida*. Barcelona: Anagrama.
- Bolaño. Roberto (2011): *Los sinsabores del verdadero policía*. Barcelona: Anagrama.
- Bolaño. Roberto (2014): *Cuentos. Llamadas telefónicas. Putas asesinas. El gaucho insufrible*. Barcelona: Anagrama.
- Bolaño. Roberto (comp.) (1979): *Muchachos desnudos bajo el cielo. Once jóvenes poetas latinoamericanos. Antología de Roberto Bolaño*. México D. F.: Editorial Extemporánea.
- Braithwaite, Andrés (ed). (2006): *Bolaño por sí mismo: entrevistas escogidas*. Santiago: Ediciones Universidad de Diego Portales.
- Burgos, Carlos (2009): «Roberto Bolaño, la violencia, el mal, la memoria», *Nuevo texto crítico*, vol. XXI, n° 42-43, 123-144.
- Candia, Alexis (2010): «Todos los males el mal. La 'estética de la aniquilación' en la narrativa de Roberto Bolaño», *Revista Chilena de Literatura*, n° 76, Abril, 43-70.
- Carson, Anne (1999): *Economy of the Unlost: Reading Simonides of Keos with Paul Celan*. Princeton University Press.

- Cicerón (2002): *Sobre el orador*. Madrid: Gredos.
- Derrida, Jacques (1995): *Dar (el) tiempo. I. La moneda falsa*. Barcelona: Paidós.
- Derrida, Jacques (1995b): *Espectros de Marx*. Madrid: Trotta.
- Derrida, Jacques (1997a): *Mal de archivo. Una impresión freudiana*, Trotta: Madrid.
- Derrida, Jacques (1997b): *Fuerza de ley, el «fundamento místico de la autoridad»*. Madrid: Tecnos.
- Derrida, Jacques (2008): *Políticas de la amistad*. Madrid: Trotta.
- Derrida, Jacques (2015): *Clamor*. Madrid: La oficina.
- Derrida, Jacques (2018): *Limited inc*. Santiago: Pólvora.
- Derrida, Jacques. (1989): *La escritura y la diferencia*. Barcelona: Anthropos.
- Dove, Patrick. (2016): *Literature and «Interregnum». Globalization, War, and the Crisis of Sovereignty in Latin America*. New York: State University of New York Press.
- Echeverría, Ignacio (2004): «Nota a la primera edición» en Bolaño, Roberto, *2066*. Barcelona: Anagrama.
- González, Sergio (2002): *Huesos en el desierto*. Barcelona: Anagrama.
- Graff-Zivin, Erin (2020): *Anarqueologies. Reading as Misreading*. New York: University Press.
- Jenckes, Kate (2017): *Witnessing beyond the human: addressing the alterity of the other in post-coup Chile and Argentina*. New York: State University of New York Press.
- Lacoue-Labarthe (2002): *La ficción de lo político*, Madrid, Arena Libros.
- Levinas, Emmanuel (2002): *Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad*. Salamanca: Sígueme.
- Levinson, Brett (2009): «Case closed: madness and dissociation in 2666», *Journal of Latin American Cultural Studies*, 18:2-3, pp. 177-19.
- Levinson, Brett (2009): «Case Closed: Madness and Dissociation in 2666», *Journal of Latin American Cultural Studies*, vol 18, n°2-3, pp. 177-191.
- Madariaga Caro, Monserrat (2010): *Bolaño Infra. 1975-1977. Los años que inspiraron Los detectives salvajes*. Santiago: RIL.
- Manzoni, Celina (2002): «Reescritura como desplazamiento y anagnórisis en Amuleto» en Roberto Bolaño. *La escritura como tauromaquia*. Buenos Aires: Corregidor, pp. 175-184.
- Moreiras, Alberto (2007): «Infrapolitics and the Thriller: A prolegomenon to every possible Form of antimoralist literary Criticism. On héctor aguilar camín's La guerra de galio and morir en el golfo» en Erin Graff-Zivin (ed.) *The Ethics Of*

- Latin American Literary Criticism: Reading Otherwise*. New York: Palgrave Macmillan, pp. 147-179.
- Moreno, Fernando (ed.) (2013): «Dossier: Bolaño 60/10. Nuevas lecturas». *Mitologías hoy*, nº 7.
- Nancy, Jean-Luc (2015): «Vouloir un sens unique ouvre sur une violence: le meurtre des autres sens», <https://nicolasdutent.wordpress.com/2015/10/05/jean-luc-nancy-vouloir-un-sens-unique-ouvre-sur-une-violence-le-meurtre-des-autres-sens/>
- Nancy, Jean-Luc (2016): «Cuando el sentido deja de hacer mundo. Entrevista con Michaël Foessel, Olivier Monguin y Jean-Luc Thébaud», *Fractal*, N° 72, <https://www.mxfractal.org/articulos/RevistaFractal72JeanLucNancy.php>
- Nietzsche, Friedrich (2003): *Así habló Zaratustra. Un libro para todos y para nadie*. Madrid: Alianza.
- Paz Soldán, Edmundo y Faberón Patriau, Gustavo (eds.) (2008): *Bolaño salvaje*. Barcelona: Candaya.
- Pretonio (1978): *El satiricón*. Madrid: Gredos.
- Quintiliano (1915): *Instituciones Oratorias. Tomo II*. Madrid: Imprenta de Pelayo Páez y Compañía.
- Ríos, Valeria de los (2007): «Cartografía salvaje: mapa cognitivo y fotografías en la obra de Bolaño», en Paz Soldán, Edmundo y Faberón Patriau, Gustavo (eds.): *Bolaño salvaje*. Barcelona: Candaya.
- Rodríguez Freire (2012): «Fuera de quicio». *Sobre Bolaño en el tiempo de sus espectros*. Santiago: Ripio ediciones, pp. 135-167.
- Santiago, Mario (1977): «Consejos de un discípulo de Marx a un fanático de Heidegger», *Correspondencia Infra. Revista Menstrual del movimiento infra-realista*. Octubre/Noviembre, N° 1, pp. 17-31.
- Shakespeare, William (1961): *Obras completas*. Madrid: Aguilar.
- Shakespeare, William (1966): *Complete Works. Edited with a Glossary by W. J. Craig, M. A.* New York-Toronto: Oxford University Press.
- Tomas Martín, Jara de (2019): «La inoperancia tras la ventana de *Los detectives salvajes*. Una lectura de vitalismo, improductividad y resistencia», *Cartaphilus. Revista de investigación y crítica estética*, n.º 17, pp. 334-340.
- Yates, Frances A. (2005): *El arte de la memoria*. Madrid: Siruela.